

## 1 - La llegada

Nunca estamos infinitamente lejos de aquellos a quienes odiamos<sup>1</sup>. Por la misma razón, pues, podríamos creer que nunca estaremos absolutamente cerca de aquellos a quienes amamos. Cuando me embarqué ya conocía este principio atroz. Pero hay verdades que merecen nuestra atención, y hay otras con las que no conviene mantener diálogos.

5 Tuvimos la primera visión de la isla al amanecer<sup>2</sup>. Hacía treinta y tres días que los delfines habían renunciado a nuestra popa<sup>3</sup> y diecinueve que la tripulación<sup>4</sup> arrojaba nubes de vaho<sup>5</sup> por la boca. Los marineros escoceses se protegían con manoplas<sup>6</sup> que les llegaban hasta el codo. Vestían pieles<sup>7</sup> tan contundentes<sup>8</sup> que hacían pensar en cuerpos de morsa. Para los senegaleses aquellas latitudes frías eran un suplicio, y el capitán toleraba que empleasen aceite<sup>9</sup> de patata como maquillaje protector, en las mejillas<sup>10</sup> y en la frente. La materia se diluía y se les filtraba por los ojos. Lloraban, pero nunca se quejaban.

—Su isla. Fíjese allí, en el último horizonte —me dijo el capitán.

15 No supe verla. Sólo aquel mar frío, como siempre, taponado<sup>11</sup> por nubes distantes. A pesar de que estábamos muy al sur, las formas y los peligros de los icebergs antárticos no habían animado la travesía. Ninguna montaña de hielo, ni rastro de aquellos gigantes a la deriva, naturales y espectaculares. Sufríamos los inconvenientes del sur pero se nos negaba<sup>12</sup> su majestuosidad. Mi destino, pues, estaba en el umbral<sup>13</sup> de una frontera gélida<sup>14</sup> que nunca traspasaría. El capitán me dio el catalejo<sup>15</sup>. ¿Y ahora? ¿La ve? Sí, la vi. Una tierra aplastada entre los grises del océano y del cielo, rodeada por un collar de espuma blanca. Nada más.

20 Tuve que esperar toda una hora. Después, a medida que nos acercábamos, los contornos fueron haciéndose visibles a simple vista.

Allí estaba mi futura residencia: una extensión que de punta a punta a duras penas alcanzaba el kilómetro y medio, en forma de letra ele. El extremo norte era una elevación granítica ocupada por el faro. Destacaba su altura de campanario<sup>16</sup>. No imponía exactamente por su magnitud<sup>17</sup>, pero las reducidas dimensiones de la isla le otorgaban<sup>18</sup>, por contraste, una consistencia megalítica. Al sur, en el talón de la ele, una prominencia menor, donde asomaba la casa del oficial atmosférico. O sea, la mía. Las dos construcciones se unían por una especie de valle estrecho donde proliferaba la vegetación húmeda. Los árboles crecían como un rebaño de reses<sup>19</sup>, apretándose los unos contra los otros, buscando refugio en los cuerpos ajenos. El musgo los abrigaba<sup>20</sup>. Un musgo más compacto que los matorrales<sup>21</sup> de los jardines y alto hasta la rodilla<sup>22</sup>, fenómeno curioso. Manchaba<sup>23</sup> los troncos como una lepra de tres colores: azul, violeta y negro.

1  
2  
3  
4  
5 rejetaient des nuages de buée  
6 moufles  
7  
8 imposantes  
9  
10  
11 bouché  
12  
13 seuil  
14 glacée  
15 longue-vue  
16  
17 sa grandeur, sa taille  
18 lui conféraient  
19 un troupeau de bétail  
20 la mousse les enveloppait  
21 buissons  
22

## La llegada: actividades

1- Completa las notas de vocabulario.

2- ¿Quiénes son los personajes?

3- ¿Dónde están?

4- ¿Adónde van?

5- Dibuja la isla en el recuadro sirviéndote del texto para poner leyendas.

6- ¿Qué impresiones destacan durante la llegada a la isla?

7- ¿Cómo entiendes la primera frase?

8- Continuará...: imagina en unas cinco líneas lo que va pasar.

**La isla**

23 Elle recouvrait

## 2 - La casa

El capitán, yo, ocho marineros y cuatro chalupas llegamos a la playa. Los hombres tardarían un buen rato en descargar las provisiones de un año entero, además de los baúles<sup>24</sup> y pertenencias que llevaba conmigo. Muchos libros. Me constaba que<sup>25</sup> me sobraría tiempo y quería ocupar la mente con las lecturas que los últimos años de mi vida me habían negado. Bien, dijo el capitán al darse cuenta de que la operación sería lenta, vamos. Así que él y yo nos adelantamos por la arena<sup>26</sup>. Un caminito que subía llevaba a la casa. El anterior inquilino<sup>27</sup> se había ocupado de poner una barandilla<sup>28</sup>. Maderas<sup>29</sup> arrojadas y pulidas por el mar, clavadas de forma muy rudimentaria. Sí, una mente racional había hecho aquello. Y aunque parezca increíble, fue ese detalle lo que me llevó a pensar por primera vez en el individuo a quien iba a sustituir. Esa persona era un ser concreto, ahora podía ver una de sus acciones sobre el mundo, por fortuita que fuese<sup>30</sup>. Pensé en él y, en voz alta, dije:

—Es extraño que el oficial atmosférico no haya salido a recibirnos. La llegada del relevo tendría que hacerlo muy feliz.

Tal como solía sucederme<sup>31</sup> con el capitán, un segundo después de haber hablado me mordí la lengua: hacía rato<sup>32</sup> que sus ideas se anticipaban a las mías. La casa estaba ante nosotros. Un tejado<sup>33</sup> cónico, con tejas de pizarra<sup>34</sup> y paredes de ladrillos<sup>35</sup> rojos. La construcción no tenía ni pizca<sup>36</sup> de gracia ni de armonía. En los Alpes sería un refugio de montaña, una ermita en el bosque o una caseta de aduana.

Sin actuar, quieto, durante un largo minuto el capitán se entregó a la inspección visual de quien huele<sup>37</sup> peligros. Yo le había cedido<sup>38</sup> toda la iniciativa. Un viento de primera hora movía las ramas de los cuatro árboles, una especie de robles<sup>39</sup> canadienses, que marcaban los ángulos de la vivienda. El aire no era gélido pero era molesto. Si bien existía algún tipo de desolación, no era de una clase identificable. El problema no era tanto lo que había como lo que no veíamos. ¿Dónde se hallaba<sup>40</sup> el oficial? ¿Dedicándose a alguna tarea de su oficio, en algún lugar? ¿O simplemente paseando por la isla? Poco a poco aparecieron indicios adversos. Las ventanas eran pequeñas, rectángulos de cristal muy gruesos. Los postigos<sup>41</sup> de madera estaban abiertos. Batían. No me gustó. Rodeando la casita, muy cerca de los muros, aún se podía adivinar un antiguo jardín. Los límites estaban señalados por piedras medio enterradas. Pero la mayoría de las plantas habían desaparecido como pisoteadas<sup>42</sup> por un batallón de elefantes.

El capitán hizo un gesto muy suyo: el mentón hacia arriba, como si el cuello del gabán<sup>43</sup> azul le asfixiara ligeramente. Después empujó<sup>44</sup> la puerta, que se abrió con un reniego<sup>45</sup> de tumba faraónica profanada. Si las puertas hablasen, aquel chirrido<sup>46</sup> habría dicho: «Pasad si queréis, no será responsabilidad mía». Entramos, sí.

<sup>24</sup> malles

<sup>25</sup> J'étais persuadé

<sup>26</sup>

<sup>27</sup>

<sup>28</sup> rampe

<sup>29</sup>

<sup>30</sup> aussi fortuite soit-elle

<sup>31</sup>

<sup>32</sup>

<sup>33</sup> toit

<sup>34</sup> ardoise

<sup>35</sup> briques

<sup>36</sup> aucune, pas la moindre

<sup>37</sup>

<sup>38</sup> laissé

<sup>39</sup> chênes

<sup>40</sup> hallarse=encontrarse

<sup>41</sup> volets

<sup>42</sup> écrasées

<sup>43</sup>

<sup>44</sup>

<sup>45</sup> blasphème

<sup>46</sup> grincement

El espectáculo recordaba alguna crónica de explorador africanista. Como si una columna de hormigas<sup>47</sup> tropicales hubiera arrasado<sup>48</sup> aquel espacio, devorando la vida y despreciando<sup>49</sup> los objetos. Los muebles esenciales estaban intactos. Más que destrucción, abandono. Era un recinto<sup>50</sup> de una sola pieza. La cama se encontraba en su lugar, la chimenea y el montoncito de troncos también. La mesa se había caído. El barómetro de mercurio estaba intacto. Los enseres de cocina, desaparecidos —no sé por qué, este detalle me pareció un misterio supremo. No se veían utensilios personales de mi predecesor, o el instrumental del oficio. Pero la dejadez<sup>51</sup> más bien me pareció producto de alguna extraña<sup>52</sup> locura que de catástrofes naturales. Y aunque triste, en general continuaba siendo un lugar habitable. El rumor de las olas<sup>53</sup> llegaba claramente hasta nosotros.

—¿Dónde dejamos las cosas del señor oficial de aires y vientos? —dijo un recién llegado, el senegalés Sow. Los marineros habían conseguido traer el equipaje desde la playa.

—Aquí, aquí, por aquí dentro, da lo mismo —dijo con mucha energía, a fin de disimular el sobresalto<sup>54</sup> que me había producido aquella voz inesperada.

El capitán dirigió contra la marinería el disgusto que le provocaba la situación:

—Por favor, Sow, que los chicos me arreglen este desastre. Mientras los hombres se afanaban<sup>55</sup> en colocar<sup>56</sup> los baúles y ordenarlo todo, el capitán me sugirió que fuésemos al faro.

- 1- Completa las notas de vocabulario.
- 2- Dibuja la casa.
- 3- Haz la lista de cuánto te parezca inhabitual en el lugar.
- 4-¿Qué ha sucedido aquí?
- 5- Continuará...(5 líneas)

### La casa

<sup>47</sup>

<sup>48</sup> dévasté

<sup>49</sup> méprisant

<sup>50</sup> espace

<sup>51</sup>

<sup>52</sup>

<sup>53</sup>

<sup>54</sup>

<sup>55</sup> S'efforçaient

<sup>56</sup>

### 3 - El farero

Indudablemente lo habíamos sorprendido en mitad del sueño. Cuando entramos ya tenía los párpados<sup>57</sup> abiertos. Pero no reaccionaba. Nos miraba con unos pequeños ojos de topo<sup>58</sup>. Las mantas<sup>59</sup> lo cubrían hasta la nariz como la piel de un oso. La habitación se nos presentaba muy limpia, él no tanto. Era un espectáculo que fluctuaba entre la indefensión<sup>60</sup>, la dejadez y la ferocidad. Bajo el colchón<sup>61</sup>, un orinal muy lleno de orines fríos.

–Buenos días, técnico en señales marítimas. Somos el relevo del oficial atmosférico, su vecino – dijo el capitán sin circunloquios, mientras señalaba con una mano en dirección a la casa–. ¿Sabe por dónde anda?

Las palabras del capitán me recordaron que nos habíamos adentrado un kilómetro y medio desde la playa de desembarque. Sentí que aquella distancia era más larga que toda la ruta entre Europa y la isla. También pensé en el hecho de que el capitán se iría de allí, muy pronto.

Desde la cama, una mano con pelos negros inició un movimiento vago. A medio camino, sin embargo, renunció. La inmovilidad del hombre exasperaba al capitán:

–¿No me entiende? ¿No entiende mi lengua? ¿Habla francés? ¿Holandés?

Pero el individuo se limitaba a mirarlo fijamente. Ni siquiera se molestaba en retirar las mantas del rostro<sup>62</sup>.

–¡Por el amor de Dios! –bramó el capitán, con un puño cerrado–. Tengo que hacer un viaje comercial importante. ¡Y estoy en tránsito! A petición de la corporación naviera me he desviado de mi trayecto, para dejar a este hombre aquí y para llevarme a su predecesor. ¿Entiende esto? Pero el oficial atmosférico actual no está. No está. ¿Puede informarme de dónde encontrarlo?

El farero nos miraba a él y a mí alternativamente. Nada más. Ofuscado, con la cara enrojecida, el capitán insistió:

–¡Soy capitán y tengo plenos poderes para llevarlo a juicio<sup>63</sup> si me deniega una información necesaria para la salvaguarda de bienes y personas! Se lo repetiré por última vez: ¿dónde está el oficial atmosférico destinado a esta isla?

–Lamentablemente<sup>64</sup> no puedo contestar a su pregunta.

Se creó un silencio. Casi habíamos renunciado a comunicarnos con aquel ser, que de repente<sup>65</sup> nos sorprendía con un acento de artillero austríaco. El capitán cambió de tono, un poco más calmado:

–Bien, eso está mejor. ¿Por qué no puede contestarme? ¿Tiene algún contacto con el oficial atmosférico? ¿Cuándo lo vio por última vez?

Pero el individuo, de nuevo, se recluyó<sup>66</sup> en el silencio.

<sup>57</sup>

<sup>58</sup> taupe

<sup>59</sup>

<sup>60</sup> Manque de défense

<sup>61</sup> matelas

<sup>62</sup>

<sup>63</sup>

<sup>64</sup>

<sup>65</sup>

<sup>66</sup> Se réfugia

–¡En pie! –ordenó súbitamente el capitán.

El otro obedeció, poco a poco. Apartó las mantas y sacó los pies. Tenía una corpulencia nada despreciable. Se movía como un árbol desarraigado<sup>67</sup> que está aprendiendo a caminar. Se quedó sentado en la cama, mirando al suelo. Estaba desnudo. A él no le importaba mostrar su desnudez. Pero el capitán apartó la mirada de aquel cuerpo, afectado por un pudor que el farero no conocía. El pecho estaba cubierto por una alfombra de pelos, que trepaban por los dos hombros como plantas silvestres. (...) El capitán se agachó hasta tener la cara a pocos centímetros de la oreja del otro:

–¿Se ha vuelto loco? ¿Comprende su responsabilidad? ¡Está saboteando una misión que intenta cumplir los tratados internacionales! ¿Cómo se llama? El hombre miró al capitán:

–¿Quién?

–¡Usted! ¡Estoy hablando con usted! ¿Cuál es su último nombre legal?

–Batís. Batís Caffó.

El capitán, separando las sílabas:

–Por última vez, técnico en señales marítimas Caffó, lo conmino<sup>68</sup>: ¿dónde está el oficial atmosférico?

Sin mirarlo, después de dudar, el hombre dijo:

–No me es posible contestar a esa pregunta.

–Está loco, decididamente está loco –se rindió el capitán, paseándose como un animal enjaulado<sup>69</sup>.

#### Pistas para la lectura.

1. Completa las notas de vocabulario.
2. Destaca cuanto resulta extraño en la conducta del farero. (10 l.)
3. Estudia la reacción del capitán. (10 l.)
4. Continuará...(5 líneas)

<sup>67</sup>

<sup>68</sup> somma

<sup>69</sup>

## 4 - La decisión

5 –La tierra más cercana<sup>70</sup> es la isla Bouvet, reivindicada por los noruegos<sup>71</sup>, seiscientos millas náuticas al suroeste de aquí. –Y después de una larga y razonada pausa–: ¿Está seguro de que quiere quedarse? No me gusta. Esto es una maceta<sup>72</sup> perdida en el océano menos frecuentado del planeta, comparte latitud con los desiertos de la Patagonia. Puedo justificar ante cualquier comisión administrativa que el lugar no reunía las condiciones mínimas. Nadie le recriminará nada. Tiene mi palabra.

¿Debía irme de allí? Todo indicaba una respuesta afirmativa. Pero en estos casos uno se deja llevar por racionalidades escondidas<sup>73</sup>. Me parece que me decidió el sentido del ridículo: no había cruzado<sup>74</sup> medio mundo para renunciar a mi destino justo cuando acababa de alcanzarlo<sup>75</sup>.

10 –La casa del oficial atmosférico se mantiene en buen estado, tengo provisiones para todo el año y nada impide que cumpla<sup>76</sup> con mis tareas cotidianas. Por lo demás, lo más seguro es que mi predecesor haya sufrido algún accidente estúpido y mortal. Quizás el suicidio, quién sabe. Pero no creo que este hombre sea el responsable. En mi opinión sólo representa un peligro para sí mismo. La soledad lo ha trastocado<sup>77</sup>, y seguramente tiene miedo de que lo acusen de la desaparición de mi colega. Así se explica su conducta.

15 Dije esto y me sorprendí del magnífico resumen que había hecho de la situación. Sólo había excluido dos aspectos: mis sentimientos y mis presentimientos. El capitán me miró con ojos de cobra. Su cuerpo basculaba muy ligeramente, ya sobre un pie ya sobre el otro, las manos detrás del gabán. No se preocupe por mí, insistí yo. Usted está aquí por un desengaño<sup>78</sup>, estoy seguro, afirmó él. Después de dudar un momento dije quién sabe, y él me contestó sí, claro que sí, ha venido por despecho<sup>79</sup>. Abrió los brazos como un mago que muestra su inocencia; un gesto de jugador que renuncia a la partida, o de médico derrotado. Un gesto que me decía: yo no puedo hacer más, hasta aquí llegaban mis poderes.

### Pistas para la lectura.

1. Completa las notas de vocabulario.
2. ¿Qué decisión toma el narrador.
3. ¿Cómo la explica, cómo la entiendes tú?
4. Tú que él ...

70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79

## 5 - Segundo encuentro

5 Es curioso de qué manera seleccionamos los objetos en que se posa nuestra mirada. En mi primer paseo<sup>80</sup>, con el capitán, la fuente me pasó inadvertida<sup>81</sup>. No nos habíamos fijado en ella porque buscábamos signos superiores. Pero ahora yo estaba solo, completamente solo, y un tubo de bronce que vomitaba agua era objeto de gran interés. Me acerqué y por encima del tubo vi una inscripción con letras irregulares. Decía lo siguiente:

10 BATÍS CAFFÓ VIVE AQUÍ.  
BATÍS CAFFÓ HIZO ESTA FUENTE.  
BATÍS CAFFÓ ESCRIBIÓ ESTO.  
BATÍS CAFFÓ SABE DEFENDERSE.  
BATÍS CAFFÓ DOMINA LOS OCÉANOS.  
BATÍS CAFFÓ TIENE AQUELLO QUE QUIERE Y SÓLO QUIERE AQUELLO QUE TIENE.  
BATÍS CAFFÓ ES BATÍS CAFFÓ Y BATÍS CAFFÓ ES BATÍS CAFFÓ.

15 Lo lamenté. Adiós esperanzas de concordia. Aquella lápida<sup>82</sup> me estaba hablando de una mente tan fragmentada como irrecuperable. Pero no tenía nada mejor que hacer y seguí el camino que me llevaba al faro. Una vez al pie de la construcción, me encontré la puerta cerrada. Hola, hola, grité, imitando al capitán.

Nadie me contestó; el único ruido que me llegaba era el de las olas rompiendo contra la costa.

20 Pensé en las inscripciones de la fuente. Se me ocurrió<sup>83</sup> que debía de ser un hombre presuntuoso, porque todas las frases inscritas empezaban con su nombre. Fuese porque lo dominaba una personalidad raquífica, o por una aguda egolatría<sup>84</sup> –defectos que acostumbran a convergir–, la cuestión era que necesitaba reafirmar su identidad. Mi invocación se hizo más estratégica, reiterando muchas veces su nombre:

25 –¡Batís! ¡Batís! –grité, haciendo bocina con las manos–. ¡Batís! ¡Batís! ¡Hola, Batís! Por favor, abra. Soy el oficial atmosférico.

30 Sin respuesta. Unos seis o siete metros por encima de la puerta estaba el balcón. Yo lo miraba con la esperanza de que apareciera su figura. Como no fue así, la observación continua hizo que me fijase en otras cosas. Vi, por ejemplo, que en la base del balcón habían añadido<sup>85</sup> maderas<sup>86</sup>. En mi anterior visita había pensado en una especie de andamio<sup>87</sup> rudimentario. Me equivocaba. No tenían la misma forma que los soportes de hierro originales, que formaban triángulo con la pared y los pies del balcón. Eran estacas<sup>88</sup> muy puntiagudas. De hecho, todo el balcón estaba rodeado por aquella obra, que lo convertía en un erizo<sup>89</sup> artesanal. Soplaban viento y oí un sonido como de chatarra<sup>90</sup> en contacto. La zona del faro más próxima al suelo estaba llena de cuerdas fijadas a la pared por unos grandes clavos<sup>91</sup>. Colgando de las cuerdas, latas vacías, a menudo en pareja. El viento hacía que repicasen<sup>92</sup> entre sí y contra las paredes con un efecto de cencerros<sup>93</sup> de vaca. Más detalles incomprensibles: las

80

81

82 pierre

83

84 égotisme : disposition de celui ou de celle qui fait constamment référence à soi en particulier dans le discours.

85

86

87 échafaudage

88 pieux

89

90 boites de conserve

91 clous

92 Battre, résonner

93 cloches

junturas<sup>94</sup> de las piedras se habían rellenado con clavos con la punta hacia fuera. Clavos y cristales rotos, una infinidad de cristales. Nuestro sol hacía que refulgiesen<sup>95</sup> con reflejos azules y rojos. Un poco más arriba desaparecían los cristales y los clavos. Hasta allí donde llegaría un hombre encaramado a una escalera mediana, las piedras de la pared habían sido unidas con una argamasa improvisada, suturándolas, de modo que adquirirían la consistencia de una muralla inca. No cabría<sup>96</sup> ni la uña<sup>97</sup> de un bebé. Rodeé<sup>98</sup> el faro: toda la obra estaba protegida por aquellos trabajos absurdos.

Cuando volvía a situarme delante de la puerta vi a Batís Caffó, en el balcón. Me apuntaba con una escopeta<sup>99</sup> de dos cañones. A pesar del desconcierto inicial no me dejé intimidar:

–Hola, Batís. ¿Se acuerda de mí? –dije–. Desearía hablar con usted. Después de todo somos vecinos. Curiosa vecindad, ¿no le parece?

–Si se acerca dispararé<sup>100</sup>.

Mi experiencia era que cuando un hombre pretende matar a otro no lo amenaza, y que cuando lo amenaza es que no pretende matarlo.

–Sea razonable, Batís –insistí–; una palabra cordial...

No contestó, sólo me apuntaba fijamente desde su balcón.

–¿Hasta cuándo tiene contrato? –dije, por decir algo–. ¿Espera pronto a su relevo?

–Lárguese o le mataré.

También tenía la convicción de que cuando un hombre no quiere hablar sólo puede obligarlo a ello la tortura. Y yo no era un torturador. Me encogí de hombros y me marché, sin prisa. Cuando volvía a entrar en el bosque me giré: aún estaba en el balcón, las piernas separadas y manteniendo la postura de tirador alpino. Incluso cerraba el ojo izquierdo.

### El faro

- 1- Completa las notas de vocabulario.
- 2- ¿Qué descubre el narrador?
- 3- ¿Quién es Batís Caffó? ¿Qué se supone de él?
- 4 - Dibuja el faro con leyendas sacadas del texto.
- 5 – Comenta la actitud del farero. ¿Cómo la entiendes?

<sup>94</sup> jointures  
<sup>95</sup> Refulgir : étinceler  
<sup>96</sup>  
<sup>97</sup>  
<sup>98</sup>  
<sup>99</sup>  
<sup>100</sup>

## 6 - La noche

Recuerdo que encendí un quinqué<sup>101</sup> de petróleo. Me senté a la mesa y planifiqué mi horario. Así estaba. Al fondo, la chimenea; yo y la mesa en la parte opuesta de la habitación. A mi derecha la puerta de la casa y mi cama, muy similar a la del camarote<sup>102</sup> de la nave<sup>103</sup>. En la otra pared, cajas y baúles<sup>104</sup>, todo muy sencillo. Poco después oí un ruido gracioso y remoto. Más o menos como si escucháramos el trote de un pequeño rebaño de cabras en la lejanía. Al principio lo confundí con rumor de lluvia, un ruido de gotas gruesas y solitarias. Me levanté y miré por la ventana más cercana.

No llovía. La luna llena manchaba de purpurina la superficie del mar. La luz caía sobre los troncos clavados en la playa. Fácilmente podía imaginar miembros humanos, estáticos; el conjunto recordaba un bosque de piedra. Pero no llovía. Me desentendí del asunto y me senté de nuevo. Y entonces vi aquello. Lo vi. La locura me ha robado<sup>105</sup> los ojos, recuerdo que pensé.

En la parte inferior de la puerta había una especie de gatera<sup>106</sup>. Un agujero<sup>107</sup> redondo sobre el cual descansaba una pequeña trampilla<sup>108</sup> móvil. El brazo entraba por allá dentro. Un brazo entero, desnudo, larguísimo. Con movimientos de epiléptico, buscaba algo por el interior. ¿Tal vez el pomo? No era un brazo humano. A pesar de que el quinqué y el fuego no me ofrecían una luz demasiado intensa, en el codo podían apreciarse tres huesos, muy pequeños y más puntiagudos que los nuestros. Ni un gramo de grasa, musculatura pura, piel de tiburón<sup>109</sup>. Pero lo peor de todo era la mano. Los dedos estaban unidos por una membrana que casi llegaba hasta las uñas.

Al desconcierto le sucedió una ola de pánico. Grité de espanto<sup>110</sup> al mismo tiempo que saltaba de la silla. Al oírme, un conjunto de voces me replicaron. Estaban por todas partes. Rodeaban la casa y gritaban con tonos insólitos, una mezcla de bramidos de hipopótamos y chillidos<sup>111</sup> de hiena. Tenía tanto miedo que mi propio terror no me resultaba creíble. Miré por otra ventana con la mente en blanco.

Más que verlos podía intuirlos<sup>112</sup>. Eran un palmo más altos que yo y más delgados<sup>113</sup>. Corrían por los alrededores de la casa. Tenían una agilidad de gacela. La luna llena recortaba sus perfiles. Tan pronto como mis ojos los detectaban, huían del limitado ángulo visual que me ofrecía la ventana. Uno de ellos se detiene, mueve la cabeza con vivacidad de colibrí, chilla, corre, regresa, se le suman un par más y cambian de dirección, quién sabe por qué, y todo ello a una velocidad de relámpago<sup>114</sup>. Detrás de mí oí un estallido: habían roto los cristales de la ventana opuesta. ¡Por san Patricio, entraban en la casa! Sólo me salvaron sus descontrolados instintos. La ventana era un rectángulo pequeño, pero toleraría el paso de un cuerpo mínimamente hábil. No obstante<sup>115</sup>, la ansiedad los llevaba a precipitarse, todos querían saltar hacia dentro y multiplicaban el atasco<sup>116</sup>. El faro iluminó la escena. Un lapso mínimo, un horror absoluto. Seis, siete brazos moviéndose como tentáculos, detrás de los

<sup>101</sup> lampe  
<sup>102</sup> cabine  
<sup>103</sup>  
<sup>104</sup> malles  
<sup>105</sup>  
<sup>106</sup> chatière  
<sup>107</sup> trou  
<sup>108</sup> battant, trappe  
<sup>109</sup>  
<sup>110</sup>  
<sup>111</sup>  
<sup>112</sup> les deviner  
<sup>113</sup>  
<sup>114</sup>  
<sup>115</sup>  
<sup>116</sup>

cuales ululaban caras de un inframundo de batracios, ojos como huevos, pupilas como agujas, agujeros en lugar de ventanillas<sup>117</sup>, sin cejas, sin labios, la boca grande.

Actué más con el instinto que con la razón. De la chimenea cogí un leño<sup>118</sup> grande, me dirigí a la ventana y, con un grito, golpeé aquellos brazos que se sacudían<sup>119</sup>. Saltaron chispas, sangre azul, aullidos<sup>120</sup> de dolor y trozos de madera quemada<sup>121</sup>. Al retirarse el último brazo, lancé el leño afuera. Las ventanas tenían puertas interiores. Quería cerrarla y atrancarla, pero la última garra<sup>122</sup> aprovechó para atraparme el cuello. A mí mismo me sorprende la presencia de ánimo que tuve. En lugar de combatir las muñecas<sup>123</sup> del monstruo, mi reacción fue cogerle un dedo. Se lo doblé<sup>124</sup> hasta romperle<sup>125</sup> el hueso.

Doy un salto<sup>126</sup> hacia atrás. Con un saco vacío recojo las brasas de la chimenea y las lanzo contra la ventana. Esa lluvia provoca unas maldiciones invisibles, y en la pausa que sigue cierro la puerta interior de madera tan deprisa como me es posible.

Aún quedaban tres ventanas, todas con las puertas interiores abiertas. En este punto se produjo otra carrera mortal. Yo saltaba de una ventana a otra, cerrando las puertecitas y poniendo la tranca.<sup>127</sup>

Ellos, de alguna forma, comprendían la situación e iban rodeando la casa por fuera, hasta la siguiente ventana. Podía seguir su trayectoria por las voces, más excitadas que nunca. Por fortuna yo llegaba antes. Cuando cerré la última, la decepción se hizo tangible con un lamento largo y estremecedor, un aullido simultáneo de diez, once, doce gargantas, no lo sé, el miedo afecta al cálculo.

Seguían allí fuera. Desesperado, intentando decidir qué había que hacer, busqué algún arma. El hacha, el hacha, el hacha, me indicaba mi cerebro. Pero no la veía, no tenía tiempo para buscarla y me conformé con una pala. Ahora los monstruos golpeaban en tropel una ventana. La madera temblaba pero la tranca era sólida. Y no les guiaba ninguna táctica en especial, atacaban sin orden ni concierto. En aquellas condiciones ni siquiera<sup>128</sup> podía defenderme, sólo podía esperar quién sabe qué.

Me acordé del brazo de la gatera: seguía allí. Una visión que me llevó al borde del colapso<sup>129</sup> nervioso.

Con toda la tensión acumulada, con una furia de la que nunca me hubiera creído capaz, me precipité contra aquel miembro horrible. Lo agredí como si la pala fuese una porra, después lo atacué con el filo, para cortarlo, pero incluso así se resistía. Al final debí de seccionarle una vena gruesa, porque la sangre salió a presión y el brazo se retiró con la presteza de un lagarto<sup>130</sup>.

Oí los lamentos del monstruo medio mutilado. Sus compañeros también lloraban. Los golpes contra la ventana cesaron. Un silencio. El peor de los silencios que he escuchado nunca. Yo sabía, me constaba, que estaban allí fuera. De repente, todos juntos, empezaron a emitir unos gañidos<sup>131</sup> en sintonía. Maullaban<sup>132</sup>, exactamente igual que gatitos reclamando la presencia de la madre. Unos

<sup>117</sup> narines

<sup>118</sup> bûche

<sup>119</sup>

<sup>120</sup> hurlements

<sup>121</sup>

<sup>122</sup> griffe

<sup>123</sup> poignets

<sup>124</sup> doblar : plier

<sup>125</sup>

<sup>126</sup>

<sup>127</sup> barre

<sup>128</sup>

<sup>129</sup> effondrement

<sup>130</sup> lézard

<sup>131</sup> glapissements

<sup>132</sup>

maullidos cortos y dulces, tristes, desamparados. Era como si me dijese sal, sal, todo ha sido un malentendido, no queremos hacerte ningún daño<sup>133</sup>. No les importaba ser creíbles, tan sólo fomentar el espanto. No podía haber mayor contraste entre las voces y sus pretensiones. Hacían los miau, tan lánguidos, y acompañaban la falacia con alborotos<sup>134</sup> esporádicos contra la puerta, o las ventanas atrancadas. No les escuchas, por el amor de Dios, no les escuches, me dije. Reforcé la puerta con baúles. Eché más troncos al fuego, por si se les ocurría forzar la chimenea. Yo miraba con inquietud el techo. Estaba recubierto con placas de pizarra. Si se lo proponían, podrían destruirlo e infiltrarse. Pero no hicieron ni lo uno ni lo otro. Durante toda la noche estuvo la luz del faro, monótono, filtrándose por las grietas de la casa con cada giro. Unos rayos delgados y largos, que iban y venían con precisión de relojería. Durante toda la noche estuvieron atacando, ahora una ventana, ahora la puerta, y con cada nuevo ataque creía que algún acceso iba a ceder. Después, un largo silencio.

El faro se había apagado. Con mil precauciones abrí una ventana. No estaban. Por el horizonte se extendía una delicada franja violeta y naranja. Me dejé caer al suelo como un saco, aunque con la pala en las manos. Dentro de mí pugnaban dos o tres sentimientos nuevos y desconocidos. Un rato después se hacía visible un pequeño sol que flotaba sobre las aguas. Una vela<sup>135</sup> en la oscuridad calentaría más que aquel astro sometido al velo de las nubes. Pero era el sol. En aquellas latitudes australes el verano tenía unas noches extraordinariamente cortas. Había sido, sin duda, la más corta de mi vida. A mí me había parecido la más larga.

#### Pistas de lectura

- 1- Completa las notas de vocabulario.
- 2- ¿Qué le pasó durante la noche?
- 3- ¿De dónde procede lo espantoso de la escena?
- 4- Dibuja el brazo y la cara de los monstruos con leyendas sacadas del texto.

**Su cara**

**Su brazo**

<sup>133</sup>

<sup>134</sup> agitations, tapage

<sup>135</sup>

## 7 Negociaciones

El narrador está cavando alrededor de su casa una zanja de protección en vista de la próxima noche.

Batís era la estampa<sup>136</sup> perfecta de un cazador<sup>137</sup> siberiano, voluminoso y arisco<sup>138</sup>. Llevaba gorro de fieltro con grandes orejas<sup>139</sup> y un abrigo<sup>140</sup> cosido con hilos muy y muy gruesos, muchas hebillas<sup>141</sup>. El correa<sup>142</sup> le cruzaba el pecho. Sostenía la escopeta y una especie de arpón que le colgaba de la espalda. Avanzaba poco a poco pero muy seguro de sí mismo, con indolencia elefantina, el paso grávido<sup>143</sup>. Obviamente<sup>144</sup> no puedo decir que me alegrase de verlo. Yo tenía medio cuerpo dentro del hoyo<sup>145</sup>. Dejé de dar paletadas<sup>146</sup>.

–Agradables, ¿no es cierto? Me refiero a los carasapo<sup>147</sup> –comentó, casi con simpatía. Y añadió, aséptico, con un repentino<sup>148</sup> cambio de tono –: Creía que ya estaría muerto. Contuve una reacción agresiva. Necesitaba a aquel hombre, y con pasiones sólo ahogaría<sup>149</sup> las maniobras diplomáticas.

–Tenga –dijo, dándome un cubo que contenía un saquito de judías<sup>150</sup>–. También puede usar la fuente. Lo decía en el tono que se emplea con los agónicos: concederles todo menos la verdad.

–Necesito algo más que sacos de judías, Batís –dije, aún desde dentro del hoyo–. El faro, Batís, el faro. Fuera del faro soy hombre muerto.

–Esta noche lloverá –comentó mirando el cielo–. Mala cosa. La lluvia altera a los carasapo.

–Sea razonable –protesté, con la debilidad mental en los labios–. ¿Qué sentido tiene que luchemos en solitario? Cuando están rodeados por depredadores<sup>151</sup>, la causa de los hombres es sólo una.

–Coja toda el agua que quiera; es suya, de verdad. Y las judías. También tengo café. ¿Café? ¿Quiere café? Claro que quiere café. Necesita café, mucho café.

–¿Por qué me rechaza? Debería juzgar mis intenciones, no mi presencia.

–Su presencia dictamina sus intenciones. Usted no puede entenderlo. Nunca lo entendería.

–La cuestión –dije yo– es si podemos entendernos. –La cuestión –dijo él– es que yo soy más fuerte. No me lo podía creer. Solté un grito:

–¡Matar es lo mismo que dejar morir! ¡Usted es un asesino! –sentencié, ¡un asesino! Todos los tribunales del mundo lo condenarían. Por acción o por omisión me lanza al foso de los leones. Se

<sup>136</sup> = la imagen

<sup>137</sup> bonnet en feutre

<sup>138</sup> farouche

<sup>139</sup> pattes

<sup>140</sup>

<sup>141</sup> boucles

<sup>142</sup> courroies

<sup>143</sup> lourd

<sup>144</sup>

<sup>145</sup> Trou

<sup>146</sup> coups de pelle

<sup>147</sup> palabra compuesta de « cara » y « sapo » : crapeau

<sup>148</sup>

<sup>149</sup> j'étoufferais

<sup>150</sup> haricots

<sup>151</sup> prédateurs

ampara<sup>152</sup> en su faro y contempla el espectáculo como un patricio<sup>153</sup> en el coliseo. ¿Está satisfecho, Batís? –gruñí, cada vez más indignado.

Se puso de rodillas<sup>154</sup>. De esta manera nuestras cabezas quedaban a la misma altura. Cruzó los dedos de las dos manos y se aclaró la voz. Mis protestas no le habían afectado.

5 –En el faro no cabe<sup>155</sup> nadie más. Esto es un hecho. No espero que lo entienda, sólo que lo acepte.

–Hizo una larga pausa sin atreverse a mirarme con sus ojitos mongoles. Después : - ayer oí disparos<sup>156</sup>. Me pregunto si nuestro armamento es compatible...

10 No acabó la frase, dejó que yo mismo adivinara el resto. Hacía mucho más tiempo que resistía en la isla y seguramente empezaba a ir justo de cartuchos. Aquello era el súmmum de la vileza<sup>157</sup>. Por una parte se desentendía<sup>158</sup> de mi vida; por la otra, me pedía munición para defender la suya. Y todo a cambio de un saquito de judías. Le lancé una paletada de tierra a la cara:

–¡Tenga! ¿Le parece lo bastante compatible? ¡Criminal!

15 Salí del hoyo. De una patada hice que el cubo y las judías volaran por los aires. Este gesto logró desconcertarlo más que cualquier argumento.

–¡No busco violencias! Aunque no se lo crea, no le deseo ningún mal. No soy un asesino – declaró, pero al mismo tiempo se sacó el arpón de la espalda.

20 No me amenazaba claramente, lo sostenía con ambas manos, entre él y yo. Fuera de aquí, fuera de aquí, le chillé<sup>159</sup>, extendiendo un brazo, del mismo modo que se expulsa a los pobres de un restaurante caro. Pero seguía sin irse. Durante unos breves instantes adoptó una postura defensiva, sin renunciar a su objetivo. Fuera de aquí, tortuga humana, fuera, le insultaba yo, mientras caminaba con determinación hacia él. Batís retrocedía<sup>160</sup> lentamente, sin darme la espalda. Yo no era nadie, sólo un obstáculo entre él y las balas. Entendió que no lo lograría. Se giró y se marchó con una indiferencia absoluta.

25 –¡Un día lo pagará! ¡Pagará por todo esto, Caffó! –le maldije<sup>161</sup> cuando aún no había desaparecido en el bosque. Pero ni se tomó la molestia<sup>162</sup> de contestarme.

### Pistas de lectura

- 1- Completa las notas de vocabulario.
- 2- Explica la presencia de Caffó.
- 3- ¿Qué quiere conseguir el narrador?
- 4- ¿Cómo termina la escena?
- 5- ¿Qué opinas de la actitud del narrador? ¿Y de la de Caffó?

<sup>152</sup>

<sup>153</sup> Patricien (aristocrate romain)

<sup>154</sup>

<sup>155</sup> caber : tenir

<sup>156</sup>

<sup>157</sup> bassesse

<sup>158</sup> désintéressait

<sup>159</sup>

<sup>160</sup>

<sup>161</sup> de « maldecir »

<sup>162</sup>

## 8 - El rehén

*El narrador está bañándose en la fuente. Espera capturar a Caffó cuando venga a recoger agua.*

Así me hallaba cuando oí unos pasos que se acercaban. A fin de que no me detectaran me sumergí del todo, menos la cabeza. En mi posición no me era posible verlo, pero no hacía falta demasiada imaginación para entender que Batís había escogido ese preciso momento para ir a la fuente. Venía con nuevos cubos, tal como revelaban los ruidos de chatarra<sup>163</sup> transportada. Maldije mi suerte. ¿Qué podía hacer? Sólo era cuestión de tiempo que descubriera mi ropa y, peor aún, el fusil.

Su reacción, imprevisible. Quizá compartiría la fuente sin ninguna molestia. Pero los locos tienen hilos perceptivos muy delicados; lo creía muy capaz de intuir<sup>164</sup> mis pretensiones. Y yo estaría desarmado. Fue una meditación fugaz. No tenía demasiadas opciones, de hecho. Si por un milagro Batís se retiraba ignorando la ropa, tardaría días en volver a la fuente. Durante ese período los monstruos dispondrían de infinitas oportunidades para liquidarme. Agucé el oído<sup>165</sup>. Está justo delante del caño<sup>166</sup>, oigo cómo reemplaza un cubo por otro. Se para. Ve la ropa tirada. Acaba de darse cuenta de que hay alguien más. Un salto de pantera y los dos cuerpos ruedan juntos. Queda debajo de mí, lo atrapo con las piernas. Alzo un puño pero sin consumir la agresión. No es Batís. Es un monstruo. Di otro salto, esta vez alejándome todo lo que pude. Pero el propio sobresalto contenía una duda.

Los monstruos eran máquinas de matar. Y yo había abatido un peso delicado, una fragilidad. Los cubos todavía rodaban por el suelo, golpeteando el uno con el otro con ruido de chatarra. Observé con prudencia y a distancia, como esos gatos a los que la curiosidad les impide huir.

No se movía del lugar donde había caído. Hacía unos lastimosos ruidos de pajarillo<sup>167</sup> herido. Un hedor<sup>168</sup> a pescado me entraba por la nariz. Me arrastré, y para observarlo mejor le aparté los brazos de la cara, un gesto con el que buscaba protegerse. Era uno de los monstruos, de aquello no cabía duda. Pero en él los rasgos faciales se dulcificaban hasta lo indecible. Cara redondeada y cráneo sin cabellos. Las cejas eran líneas de un estilo elaborado, como producto de la caligrafía de los sumerios. Ojos de color azul. Dios mío, qué ojos, qué azul. Un azul de cielo africano, no, más claro, más puro, más intenso, más brillante. Nariz fina, aguda, discreta, con el hueso central más bajo que las aletas. Las orejas, diminutas comparadas con las nuestras, tenían forma de cola<sup>169</sup> de pez; cada una se dividía en cuatro pequeñas vértebras. Pómulos<sup>170</sup> nada prominentes. El cuello muy largo, y todo el cuerpo cubierto por una piel de un gris blanquecino con matices verdes. Lo toqué con la punta de los dedos, desconfiando aún. Tenía la frialdad de un cadáver y el tacto de una serpiente. Le cogí una mano. No era como la de los otros monstruos. La membrana, más corta, casi no llegaba a la primera articulación. Dio un grito de pánico. Aquello fue el detonante para que lo azotase<sup>171</sup> sin piedad, que no se me pregunten los motivos. Gritaba y gemía. Llevaba un simple jersey, tan dado de sí que le servía de falda. Le cogí el tobillo izquierdo. Alcé el cuerpo hacia arriba, como si fuese un recién nacido, para observarlo mejor. Era una hembra<sup>172</sup>, sí. El sexo no estaba cubierto por vello púbico de ninguna clase. Movía las patas con desesperación. Cogí el remington y le pegué con la culata<sup>173</sup>, hasta que un golpe especialmente cruel, en la ingle, hizo que se retorciere como un gusano<sup>174</sup>. Se cubría con los brazos y gemía con las mejillas clavadas en el suelo.

<sup>163</sup> boîtes de conserve

<sup>164</sup> deviner

<sup>165</sup> je tendis l'oreille

<sup>166</sup> tuyau

<sup>167</sup>

<sup>168</sup> puanteur

<sup>169</sup>

<sup>170</sup> paumes

<sup>171</sup> frappe

<sup>172</sup>

<sup>173</sup> crosse

<sup>174</sup> ver

El jersey y los cubos me indicaban que Batís tenía alguna relación con aquella bestezuela. ¿De dónde la había sacado y qué valor podía otorgarle<sup>175</sup>? Me resultaba imposible determinarlo. El hecho era que le había enseñado algunas habilidades, como los perros de san Bernardo. Llevaba cubos, por ejemplo. También se había molestado en vestirla. Un jersey que no querrían ni los mendigos turcos. La conjunción de un jersey tan lleno de agujeros, y tan sucio, y un cuerpo parido<sup>176</sup> bajo los océanos daba como resultado un conjunto insufrible<sup>177</sup>, más grotesco que esos ridículos perritos que las señoras inglesas visten con lanas de primera calidad. Pero si Caffó se tomaba molestias con ella era porque la tenía en cierta estima. La mejor manera de salir de dudas consistía en llevármela como rehén. Si Caffó tenía algún interés en ella, vendría a buscarla.

### Pistas de lectura

- 1- Completa las notas de vocabulario.
- 2- ¿Qué sorpresa se lleva el narrador?
- 3- ¿Qué decide hacer?
- 4- ¿Comenta la apariencia de la "bestezuela"?

<sup>175</sup>

<sup>176</sup> né

<sup>177</sup> insupportable



## 9 - Explicaciones

*Batis Caffó ha venido con las armas a recuperar a su "mascota". Tras unos disparos, los hombres entablan el diálogo.*

Me senté con el fusil cruzado sobre las rodillas. De repente la situación era muy pacífica. Hacía un rato nos queríamos cortar el cuello y ahora hablábamos de ideas. Éramos como un par de fenicios que han gastado todas las energías en un regateo<sup>178</sup> más teatral que real. La isla era un lugar extraño.

- 5 –Debería matarlo, ahora mismo, pero no pienso hacerlo –empecé, en un tono conciliador–. De hecho, no me importa nada de lo que está pasando en esta isla del demonio. Por razones que ignoro usted no quiere abandonarla. Tuvo la ocasión de hacerlo, cuando desembarqué, y no abrió la boca. Pues muy bien, quédese, si así lo desea. Pero yo quiero salir de aquí, sano y salvo.

Señalé en dirección al faro:

- 10 –Pienso entrar, con usted o sin usted. Pienso entrar y sobrevivir. Pronto pasará algún barco. Le avisaremos haciendo luces de morse con el faro y me iré a algún lugar más tranquilo. Eso es todo. Naturalmente, podrá quedarse con mis provisiones. Y con los fusiles. Tengo dos remington y miles de balas. Estoy seguro de que le serán muy útiles.

- 15 Vi sus dientes cariadados, abría media boca en una sonrisa incomprensible. Sacó una pequeña cantimplora<sup>179</sup> de aluminio y echó un trago<sup>180</sup>. No me la ofreció.

–Usted no lo entiende. Este islote está fuera de todas las rutas comerciales. No pasará ningún barco hasta que venga el relevo del oficial atmosférico. Un año.

–¿Por qué me engaña? –salté–. ¡Hay un faro! Y los faros se ponen en los lugares con tránsito naval. Negó con la cabeza. Hablaba con un cigarrillo que acabó tirando:

- 20 –Me consta que hace años que han abandonado esta ruta. Querían convertir la isla en un presidio<sup>181</sup> para los dirigentes bóer<sup>182</sup>. Algo así, no sé. Pero las cartas náuticas del sector son antiguas, y se equivocaban respecto a las dimensiones de la isla. Aquí no cabría ni la guarnición del presidio. Creían que era más grande que esto –y con el brazo hizo un gesto que todo lo abarcaba–. La obra había sido contratada a una empresa privada. Cuando los agrimensores<sup>183</sup> vinieron se dieron cuenta de que el proyecto no era viable, naturalmente, y justificaron el presupuesto<sup>184</sup> antes de que algún general lo anulase. El faro estaba incluido en los planos del presidio, así que decidieron construirlo para que nadie pudiera acusarlos de cometer fraude con las finanzas del ejército. Cuestiones de papeles.

- 30 Construyeron el faro y se fueron –suspiró, sarcástico–. Podrían haberse ahorrado<sup>185</sup> su maldito faro; aquí no vendrá ningún inspector de obras públicas. Sobre todo desde que los ingleses cedieron la titularidad del faro a la soberanía internacional. ¿Y qué supone eso en la práctica? Pues que antes era del ejército y ahora no es de nadie.

Volví a sentarme. Definitivamente, no entendía nada.

<sup>178</sup> marchandage

<sup>179</sup> gourde

<sup>180</sup> Echar un trago : avaler une gorgée

<sup>181</sup> Bagne

<sup>182</sup> :nom donné aux pionniers blancs d'Afrique du Sud

<sup>183</sup> géomètres

<sup>184</sup> dépense, budget

<sup>185</sup> économiser

- 35 –¡No me lo creo! Si es así, ¿qué hace usted aquí? ¿Encargarse de un faro que no presta servicio a ninguna ruta?

Su humor cambiaba solo; se había temido lo peor respecto a la bestezuela, y el hecho de haberla recuperado actuaba como un bálsamo<sup>186</sup>. Rió y me pasó la cantimplora, ahora sí. Era un licor frío y agrio. El gesto valía mucho más que la bebida.

- 40 –Yo no estaba destinado al faro. Soy el anterior atmosférico. Bueno, nunca logré ningún título, pero los de la corporación no eran demasiado exigentes con la calificación del personal que enviaban aquí. –Hizo una pausa–. Lo del faro me lo explicó un marinero del barco que me trajo a la isla, un sudafricano que conocía la historia.

Con un gesto me pidió la cantimplora, echó un trago y añadió:

- 45 –Hallo, Kollege. ¿Por qué ha venido? Los triunfadores nunca recalán<sup>187</sup> por estos parajes. Nunca. Los honestos y los honrados, tampoco. ¿Y usted? ¿Se fugó su mujer con algún ingeniero de ferrocarriles? ¿No tenía valor suficiente para alistarse en la legión extranjera? ¿Estafo<sup>188</sup> al banco en el que trabajaba? ¿O tal vez lo perdió todo en el casino? Calle. A mí me da igual. Bienvenido al infierno de los fracasados, bienvenido al paraíso de los perdidos. –Y cambiando de tono–: ¿Dónde está el otro remington?

- 50 Me había quedado sin fuerzas, lo dejé hacer. La bestezuela de Batis miraba el suelo con indiferencia vacuna<sup>189</sup>. Con dos dedos removía el fango. Se tragó un gusano<sup>190</sup> sin masticarlo. Batis entró en la casa. Arrodillado ante la caja de balas, parecía un pirata disfrutando de su tesoro. La visión del segundo remington y la munición le hacía feliz. Buen material, sí, buen material, decía mientras palpaba la culata del fusil, mientras revolvía las balas como un usurero las monedas de oro.

- 55 –¡Ayúdeme! –dijo de golpe–. Está oscureciendo. Sabe lo que significa eso, ¿verdad?

### Pistas de lectura

- 1- ¿Cuál es el plan del narrador?
- 2- ¿Qué le aprende Batis Caffó sobre el faro y sobre él?
- 3- ¿Qué da a entender Batis Caffó por sus preguntas (41-45) ?
- 4- ¿Qué rasgos de la personalidad de Caffó traslucen en el fragmento?

<sup>186</sup> Baume, calmant

<sup>187</sup> échouent

<sup>188</sup> Estafar : arnaquer

<sup>189</sup> Propia de las vacas

<sup>190</sup> ver

## 10- El canto

–Mein Gott, mein Gott... –murmuró de repente Batís–. Los carasapo son más numerosos que nunca.

–¿Dónde están? Yo no veo nada.

Pero Batís no respondía. Estaba muy lejos de mí, a pesar de estar allí, a mi lado. Tenía los labios separados y húmedos del idiota, como si mirara hacia el interior de su espíritu en vez de vigilar los exteriores del faro.

–No veo nada. ¡Caffó! No veo nada. ¿Por qué asegura que son muchos?

–Porque canta mucho –respondió en un tono mecánico.

La mascota había iniciado una tonada<sup>191</sup> de ascendencia remotamente balinesa<sup>192</sup>, una melodía que sería inútil describir, una música que rehuiría cualquier pentagrama<sup>193</sup>. ¿Cuántos humanos habrían escuchado aquella canción? ¿Cuántos seres humanos, desde los inicios de los tiempos, desde que el hombre es hombre, habrían tenido el privilegio de escuchar esa música? ¿Solamente Batís Caffó y yo? ¿Todos aquellos que en algún momento se han enfrentado a la última batalla? Era un himno espantoso y era un salmo<sup>194</sup> bárbaro, y era bello en su malicia ingenua, muy bello. Tocaba todo el espectro de nuestros sentimientos, con la precisión de un bisturí; los mezclaba, los alteraba y los negaba tres veces. La música se emancipaba de la intérprete. Cantaban cuerdas vocales que la naturaleza había creado para expresarse en profundidades abismales, la mascota sentada con las piernas cruzadas, tan ausente de la escena como Batís, como los monstruos, que no aparecían. Sólo un hombre que nace o un hombre que muere puede estar tan solo como lo estuve yo aquella noche, en el faro.

–Ahí están –anunció Batís.

La invasión del islote se había producido por algún punto distante. Salían del bosque. Rebaños enteros de monstruos, a ambos lados del camino. Más que verlos los intuía. Oía sus voces, un ruido de gárgaras<sup>195</sup> multiplicadas por cien, por doscientos o quizá por quinientos. Se acercaron poco a poco, un ejército sin forma. Veía sombras y escuchaba las gárgaras cada vez más cerca. Dios mío, aquel ruido de gargantas, imaginemos a alguien que vomitara ácidos. Detrás de nosotros la mascota interrumpió los cánticos. Y por un instante se diría que las bestias también renunciaban al faro. Se detuvieron<sup>196</sup> justo en el límite que marcaba el foco. Pero de repente cargaron con un brío unánime. Corrían y saltaban, las cabezas a distintas alturas. El tropel avanzaba e, inevitablemente, muchos de los monstruos fueron retratados por el foco. Disparé frenéticamente en todas las direcciones. Algunos caían, muchos reculaban, pero había tantos que la mayoría seguía adelante.

### Pistas de lectura

- 1- ¿Dónde y cuándo transcurre la escena?
- 2- ¿Cómo interpretas el canto de la macota?
- 3- ¿Qué intuye el narrador? ¿Qué está pasando?
- 4- ¿Cómo reacciona?
- 5- Estudie como se plasma el ambiente de terror del fragmento.

<sup>191</sup> air  
<sup>192</sup> balinais  
<sup>193</sup> Que refuserait toute portée  
<sup>194</sup> psaume  
<sup>195</sup> gargarismes  
<sup>196</sup> Detenerse : s'arrêter

## 11- Las criaturas

*Los asaltos nocturnos van aumentando. Los dos hombres están agotados y las municiones van menguando. A pesar el peligro, el narrador ha logrado convencer a Batís de recuperar cajas de dinamita en un barco hundido. El narrador se ha zambullido<sup>197</sup>.*

Habría rescatado<sup>198</sup> unas quince o veinte cajas, tal vez más. Cansado, interrumpí todo aquel movimiento automático. La bodega<sup>199</sup> estaba iluminada por la luz de un crepúsculo mínimo. La sobreabundancia de hierro<sup>200</sup> producía un efecto claustrofóbico. Estaba en el interior del barco, en el interior de la escafandra, y en el interior de mis miedos, que me habían conducido hasta allí con el heroísmo de las ratas. Si a eso le sumáramos<sup>201</sup> la densidad del agua, resultaba el lugar más tenebroso que hubiera pisado<sup>202</sup> nunca. Paredes de industria metalúrgica, instrumentos medio consumidos por el agua y con la identidad secuestrada por el óxido. Pensé que nada de aquello había sido diseñado pensando en la felicidad humana. Los pies de plomo entraban en contacto con el acero y producían ruidos nuevos y resonancias deformes. Aquella sala acababa en una pared con una compuerta<sup>203</sup> en forma de huevo. Y allí estaban, al otro lado de la puerta.

Asomaban la cabeza hasta los ojos, acechándome, impasibles. Quizá controlaban mis movimientos desde el mismo instante en que había iniciado la inmersión. Grité dentro del casco. No podía huir. Era su mundo, se movían con una facilidad extrema. Cayeron sobre mí desde todas las direcciones. Corté el agua con el cuchillo<sup>204</sup>, esfuerzo patético con el que pretendía mantenerlos a distancia.

Pero cuando ya me creía muerto, una resurrección. Los cristales del casco aumentaban las dimensiones. En realidad los monstruos no medían<sup>205</sup> ni medio metro. Cuerpos delgados y pequeños, con una franja de gris plateado en el lomo<sup>206</sup>, muy brillante, que aún tardaría años en oscurecerse como en sus progenitores. Como sucede con los humanos, el cráneo era la parte de su anatomía que menos crecía. Eso los convertía en auténticos renacuajos<sup>207</sup>, en todos los sentidos de la palabra. Su rictus no estaba muy lejos de la sonrisa de los delfines. Se movían como una bandada de pájaros, a velocidad prodigiosa. Esquivaban mis defensas inhábiles, me tocaban la ropa, la esfera del casco, y me rehuían. Es posible que la vestimenta, la escafandra, les recordase a un pariente remoto. Oh, Dios mío, comprendí por fin, sólo están jugando. Jugaban, sí. Habían convertido la chatarra<sup>208</sup> en jardín, y yo era un intruso curioso. Piaban<sup>209</sup>, si es que hay que definir de algún modo el entusiasmo de sus voces. Mi presencia debía de ser una novedad extraordinaria. Me esperaba carniceros<sup>210</sup> y hallaba un ballet submarino.

Ignoro cuánto tiempo pasé en su compañía. Contra todos los pronósticos, su presencia llevaba a aquel cementerio una luz benefactora. Vivía el primer instante en que me abandonaba el miedo desde que había llegado a la isla. Como si fuera un lastre<sup>211</sup> penoso, me sentía libre del horror. Ni yo mismo tenía conciencia del peso que había supuesto el miedo persistente y sistemático. Durante meses enteros, noche y día, día y noche, había experimentado miedo, todos los matices del miedo, siempre el miedo por compañía. ¿Por qué, me preguntaba, por qué precisamente ahora, que estás en

<sup>197</sup> plongé  
<sup>198</sup> =recuperado  
<sup>199</sup> cale  
<sup>200</sup>  
<sup>201</sup> Sumar=añadir  
<sup>202</sup> Píasar : marcher sur, fouler  
<sup>203</sup> Vanne, sas  
<sup>204</sup>  
<sup>205</sup>  
<sup>206</sup> Le dos (de un animal)  
<sup>207</sup> têtards  
<sup>208</sup> L'épave  
<sup>209</sup> Píar=piailier  
<sup>210</sup> carnassiers  
<sup>211</sup> fardeau

35 los intestinos del infierno, te abandona el espanto? No encontré la respuesta hasta que cogí a uno de los pequeños por el brazo: él tampoco tenía miedo. Era un monstruo, o un monstruo en potencia, y se merecía que lo retorciera<sup>212</sup> hasta romperle la columna vertebral. Pero él no tenía miedo. Sólo cosquillas<sup>213</sup>. Se rió. Una risa subacuática, sí. Se reía con la boca y las cejas, los ojos y las manos. Bajo el agua su risa sonaba como las campanillas<sup>214</sup> de los hoteles. ¿Cuánto tiempo hacía que yo mismo no reía? Lo solté<sup>215</sup>, pero en vez de huir se quedó allí, ante mí, sosteniendo un vuelo errático  
40 de mariposa<sup>216</sup>, y riendo. Rozó<sup>217</sup> el cristal con unos dedos de feto. Tocó el cristal, y la memoria de aquellos deditos había de perseguirme días enteros.

Salí del barco. A lo largo de mi ascenso me sirvieron de compañía. Daban vueltas<sup>218</sup> alrededor de mi cuerpo y me pellizcaban<sup>219</sup> con una dulce impertinencia. Más o menos como mordiscos de gatitos juguetones. A medida que me acercaba a la superficie el número disminuía. Cuando saqué la cabeza Batís dio un brinco:  
45

—¡Creía que se quedaba a vivir allí! *Mein Gott*, pero ¿qué diablos ha pasado allá abajo? Las piernas no me sostenían. Me sacó el casco y vio una expresión alucinada, vio a un mensajero tan desfallecido que en el último suspiro ha olvidado el mensaje.

—¿Carasapo? —me preguntó, muy nervioso.

50 —No —grité—, ¡delfines!

Batís retrocedió un paso. Me observaba como si intentase sopesar mi salud mental.

—Es la borrachera<sup>220</sup> de las profundidades —dictaminó—; pronto se recuperará.

Pero de repente fue como si le transmitiera la supuesta demencia. Ahogó un grito y sacó el fusil que le colgaba del hombro. Cerca de nosotros emergía una cabeza. Acostado sobre la roca, alcé un brazo:  
55

—¡No dispare! ¡Por el amor de Dios, Batís, no dispare!

Por un instante Batís me miró a mí, luego al monstruo inmóvil y de nuevo a mí.

—¡No dispare! —insistí desde el suelo—. Sólo es una criatura.

60 Batís fue demasiado lento. Cuando tuvo el arma a punto, el mar volvía a ser una superficie vacía.

#### Pistas de lectura

- 1- ¿Dónde y cuándo transcurre la escena?
- 2- ¿Qué impresiones y sentimientos experimenta el narrador al entrar en la nave?
- 3- ¿Qué pasa de repente? ¿Qué piensa primero?
- 4- ¿Qué pasa después?
- 5- ¿Cuál es la reacción de Batís?
- 6- Este episodio marca un giro en el relato, muéstralo.
- 7- Escribir : usted es la criatura, redacte el episodio.

<sup>212</sup> Retorcer=tordre

<sup>213</sup> chatouilles

<sup>214</sup> clochettes

<sup>215</sup>

<sup>216</sup>

<sup>217</sup> Rozar : effleurer

<sup>218</sup>

<sup>219</sup> Ils me pinçaient

<sup>220</sup>

## 12- Apocalipsis

*Los dos hombres han preparado tres líneas de dinamita para matar los monstruos. Acaban de estallar las dos primeras. El narrador se da cuenta de que Batís ha puesto, adrede, una cantidad desmedida de dinamita en la última.*

—¡Batís!

5 Estaba en el balcón, indemne y sucio. Una niebla londinense lo difuminaba<sup>221</sup> con aires de fantasma. Les gritaba a los monstruos hecho<sup>222</sup> un Goliat, poseído por espíritus de valquirias, más allá de la cordura<sup>223</sup> humana. Buena parte de los cabellos se le habían quemado y humeaban. Disparaba el remington con una sola mano como si fuese una pistola, a derecha e izquierda, y maldecía con la otra, el puño cerrado. Sorprendentemente, un monstruo logró trepar<sup>224</sup> entre las estacas y la barandilla medio destruida. Caffó le aplastó el cráneo con la culata, lo abrió como una sandía<sup>225</sup>, a golpes, cinco golpes, seis, siete, brutalidades añadidas, y de una patada lo hizo caer. Después su atención se dirigió a la última caja de detonadores.

10 —¡Batís, no lo haga, no lo haga, por lo que más quiera, no lo haga! —gritaba yo de rodillas reteniéndolo por la cintura. ¡Volaremos por los aires! Durante unos instantes me miró con la indulgencia de un señor feudal. Después:

—¡Apártese!

15 Y de un empujón<sup>226</sup> me lanzó sobre los sacos. Debajo de nosotros los monstruos se agitaban y consumían en una trampa<sup>227</sup> sin salida. Buscaban el mar y sólo encontraban cortinas<sup>228</sup> de fuego. Muchos corrían entre las llamas, aún vivos. Los incendios quemaban más de la mitad de la isla. La mezcla de noche, monstruos aterrorizados y fogonazos<sup>229</sup> rojos creaba un efecto aberrante de sombras chinescas. Dos terceras partes del granito habían desaparecido. Hasta el balcón subían voces de manicomio<sup>230</sup>.

20 Batís bajó la palanca<sup>231</sup>. Creía que la isla se hundía<sup>232</sup> como un barco cañoneado. De norte a sur se elevó una cúpula incandescente. Comparándolo con aquel fenómeno, nuestro faro era una insignificancia ridícula, más frágil que un cirio<sup>233</sup> bajo la tormenta. Una ola de ruinas y barro<sup>234</sup> negro remontaba el cielo abarcando todo el arco visual. Los aullidos de los monstruos, de Caffó, los míos, todo se fundió de repente. Me había quedado sordo. En medio de un silencio artificial veía los labios de Batís moviéndose. Veía cuerpos mutilados volando a alturas inverosímiles. Veía la explosión, que parecía un ser vivo al que Caffó hubiese invocado. Indiferente al apocalipsis, Batís aplaudía, bailaba y blasfemaba como sometido a los efectos de una poción negra. Un último alud<sup>235</sup> entró por el balcón, un torrente de escoria<sup>236</sup> que nos cubrió de magma frío. Aquello era una escena secundaria del fin del mundo.

30 Lo que siguió tiene poca importancia. Caffó y yo nos sentamos muy lejos el uno del otro. Nos rehuíamos, presos de un raro embrutecimiento. Si aquello era la victoria, nadie quería mencionar ni celebrar aquella hecatombe de matadero. Dos horas después empecé a oír un silbido de locomotora lejana. Lentamente mis oídos volvían a abrir sus puertas al mundo de los sonidos. Poco antes de que llegara el día estaba casi totalmente restablecido.

- <sup>221</sup> estompaít  
<sup>222</sup> transformé en  
<sup>223</sup> raison, sagesse  
<sup>224</sup> escalader  
<sup>225</sup> pastèque  
<sup>226</sup> en me bousculant  
<sup>227</sup> piège  
<sup>228</sup> rideaux  
<sup>229</sup> éclairs de feu  
<sup>230</sup> asile de fous  
<sup>231</sup> levier  
<sup>232</sup> s'enfonçait  
<sup>233</sup> cierge  
<sup>234</sup> terre  
<sup>235</sup> avalanche  
<sup>236</sup> scories, projections

#### Pistas de lectura

- 1- Justifica en 5 líneas el título dado.
- 2- ¿Qué retrato, físico y moral, tenemos de Caffó?
- 3- ¿Cuál es la actitud y el sentimiento del narrador?
- 4- ¿Qué nos sugiere este episodio?

### 13- El experimento

*Apenas dos días han pasado y los monstruos ya vuelven al faro. El narrador se desanima<sup>237</sup> y abandona su puesto de defensa.*

La mascota y yo estuvimos mirándonos toda la noche. Caffó luchaba y nosotros nos mirábamos, cada uno en una punta de la mesa, y yo no sabía a quién estaba viendo y quién me estaba mirando. Al final de la noche Batis me dedicó el desprecio<sup>238</sup> que se merecen los desertores. Por la mañana salí a pasear, o a cualquier otra cosa. Inmediatamente después subí al habitáculo. La mascota dormía acurrucada<sup>239</sup> en un ángulo de la cama. Desnuda pero con calcetines. La cogí por la muñeca<sup>240</sup> y la obligué a sentarse a la mesa. A media tarde Caffó se reunía con un hombre febril:

–¡Batis! –dije, derrochando<sup>241</sup> entusiasmo–. Adivine lo que he hecho hoy.

–Perder el tiempo. He tenido que reforzar la puerta yo solo.

–Venga conmigo.

10 Me llevé a la mascota cogiéndola por un codo, Batis me siguió un paso por detrás. Una vez fuera del faro la senté en el suelo. Él se quedó de pie, cerca de mí, impertérrito<sup>242</sup>.

–Mire esto –dije.

15 Me puse bajo el brazo uno, dos, tres, cuatro troncos de leña<sup>243</sup>. Pero el cuarto lo dejé caer expresamente. Hacía teatro, claro. Recogía el tronco, y otro se me resbalaba<sup>244</sup> de entre los brazos. La maniobra se repetía y repetía. Batis me miraba a su manera, sin entender pero sin interrumpirme. Venga, venga, pensaba yo. Por la mañana, durante la ausencia de Batis, había estado haciendo aquel experimento. Pero ahora no obtenía resultados. Batis me miraba a mí, yo a la mascota y ella miraba los troncos.

20 Por fin, se rió. La verdad es que hacía falta un poco de imaginación para interpretar aquello como una risa. Pero lo era. Primero resonaba desde el pecho. Aún mantenía la boca cerrada pero ya oíamos la estridencia. La traicionaba alguna glotis<sup>245</sup> interna y nos llegaban sonidos. Después abrió los labios. Se reía, en efecto. Estaba sentada con las piernas cruzadas y movía la cabeza de un lado a otro. Se daba palmadas<sup>246</sup> sobre la parte interior de los muslos<sup>247</sup>. Ya movía el torso hacia delante, ya volvía los ojos al cielo. Los pechos le bailaban al compás de las carcajadas<sup>248</sup>.

25 –¿Lo ve? –dije con una especie de satisfacción triunfal–. ¿Lo ve? Y ahora ¿qué opina?

–Que mi Kollege no es capaz de sostener cuatro troncos a la vez.

–¡Batis! ¡Se está riendo! –Hice una pausa esperando una reacción que no se presentaba. Añadí–:

Llora. Se ríe. ¿A qué conclusiones llega?

<sup>237</sup> se décourage

<sup>238</sup> mépris

<sup>239</sup> recroquevillée

<sup>240</sup> le poignet

<sup>241</sup> débordant

<sup>242</sup> imperturbable

<sup>243</sup> bois

<sup>244</sup> glissait

<sup>245</sup> glotte

<sup>246</sup> se tapait

<sup>247</sup> cuisses

<sup>248</sup> éclats de rire

30 –¿Conclusiones? –gritó–. ¡Yo le diré a qué conclusiones llego! ¡Creo que descuartizamos<sup>249</sup> a pocos, a muy pocos! Creo que se reproducen como escarabajos<sup>250</sup>. Creo que pronto volverán a la carga, y no como las últimas noches, sino a miles. Será nuestra última noche sobre la Tierra. Y usted se entretiene jugueteando con cuatro palos como un payaso<sup>251</sup> de feria...

35 Pero yo sólo pensaba en ella. ¿Qué hacía allí, en el faro, con un troglodita chiflado<sup>252</sup> por compañía? De hecho, lo único que sabía de su biografía era anecdótico. Una vez Batis me había dicho que la había encontrado tendida en la arena, como algunas medusas que venían a morir a nuestras playas.

–¿Nunca ha intentado huir? ¿Nunca ha salido de la isla? –pregunté. Batis no me concedía la menor atención. Insistí–: Usted, a menudo, la pega. Debería tenerle miedo. Pero no huye. Y no le faltan oportunidades.

40 –Y usted, últimamente, tiene ideas raras.

–Sí. Y no puedo evitar un pensamiento descabellado –anuncié–. ¿Se imagina que fuesen algo más que monstruos submarinos?

–Algo más que monstruos submarinos... –dijo él sin escucharme, contando unas municiones que menguaban cada día.

45 –¿Por qué no? Quizá bajo esos cráneos pelados haya algo más que simples instintos. Si fuera así –insistí–, podríamos entendernos con ellos.

–Y yo creo que debería poner freno a su fantasía –me interrumpió, mientras cargaba el fusil con una estridencia premeditada.

No ganábamos nada discutiendo y preferí ahorrarme una tarde de polémicas.

#### Pistas de lectura

1- ¿Qué pretende demostrar el narrador? ¿Cómo? ¿Con qué fin?

2- ¿Cómo reacciona Caffó?

3- ¿Qué evolución posible de la relación entre los dos hombre imagina usted? Justifíquese.

<sup>249</sup> descuartizar : mettre en pièce

<sup>250</sup> scarabées

<sup>251</sup> clown

<sup>252</sup> cinglé

## 14- Aneris

*Batís Caffó y el narrador están conversando en la cumbre del faro.*

5 Pero nada podía ser más absurdo que aquella matanza. El enemigo no era una bestia, y esta simple constatación hacía que me resultara imposible disparar contra ellos. ¿Qué sentido podía tener que nos matásemos? ¿Por qué debíamos perder la vida en una isla misérrima del Atlántico sur? Ninguna respuesta era razonable. Moví las manos con gestos que imploraban la comprensión de mi interlocutor:

–Esfuércese un poco, Batís. Tienen mil reproches que hacernos. Plantéese así: somos invasores. Ésta es su tierra, la única tierra que tienen. Y nosotros la hemos ocupado con un fortín y una guarnición armada. ¿No le parece suficiente motivo para que nos ataquen?

10 –Me alteré, sin poder evitarlo–: ¡Yo no puedo recriminarles que luchen por liberar su isla de los invasores! ¡No puedo!

–¿Dónde estaba esta tarde?

Aquel cambio repentino de tema me obligó a adoptar un tono más sumiso:

–Echando una siesta, en el bosque. ¿Dónde quería que estuviese?

15 –Sí, claro –dijo, como ausente–, una siesta. Las siestas tonifican. Y ahora prepárese, está oscureciendo. Con una mano me alcanzó el remington. No lo cogí. Sólo era un arrebató<sup>253</sup>, fruto de la discusión anterior, pero mi rechazo lo indignó. En cualquier caso no dijo nada. Yo tampoco. El salió al balcón y poco después lo seguí. Yo, desarmado, me echaba el aliato sobre las manos para calentarme. Batís cogió un puñado de nieve y me lo lanzó al pecho:

–¡Tenga! –dijo–. A lo mejor los ahuyenta<sup>254</sup> con bolas de nieve.

20 –¡Cállese!

Ella cantaba. Desde el bosque negro llegaron unas voces de hierro. Unos aullidos largos, sostenidos y tiernos. Una ternura<sup>255</sup> que nos mataba de miedo. Batís cargó su remington con aquel sonido tan conocido, crec–clic.

–¡No dispare! –dije.

25 –¡Canta! –dijo él.

–No.

La expresión de Batís reafirmaba su convicción de que me había vuelto loco. Murmuré:

–No cantan, hablan. Escuche.

30 Volvimos la cabeza. Ella estaba sentada sobre la mesa. Su voz se expandía hacia el balcón, y más allá. Me pareció que se había establecido un diálogo entre el clamor de fuera y su cántico. Los focos no mostraban nada más que copos de nieve que caían del cielo en espiral. Entré en la habitación. Cuando me acerqué a la mesa, la mascota enmudeció<sup>256</sup>. El

<sup>253</sup> un emportement, un accès de colère

<sup>254</sup> fera fuir

<sup>255</sup> tendresse

<sup>256</sup> se tut

bosque también calló. El diálogo aún reverberaba dentro de mí. Sólo sabía que algunas expresiones se habían repetido con más frecuencia que otras. Palabras como «citauca», más o menos. Y sobre todo «Aneris», o algo similar. Pero cualquier intento de transcribir aquellos sonidos sería un fracaso, una partitura<sup>257</sup> abortada. Mis cuerdas vocales se parecían tanto a las de ellos como un cepillo<sup>258</sup> a un violín. A pesar de lo cual dije, con una imitación pobrísima y grandes dosis de imaginación:

–Aneris.

40 Ella me miró. Con aquello tuve suficiente para aventurar:

–Citauca, Batís. Es el nombre que se dan ellos –dije, muy generoso con los sonidos y mi interpretación

45 –. Y ella también tiene un nombre: se llama Aneris. Ellos se llaman así, ella se llama así. Cada noche hace el amor con una mujer que se llama Aneris –y concluí, bajando la voz–: Sellama Aneris. Un nombre muy bonito, por cierto. Batís los había reducido a una masa anónima. Yo creía que dándoles un nombre su visión a la fuerza debería modificarse. «Citauca», «Aneris», daba lo mismo. Las palabras que construía, que casi inventaba, sólo eran un sucio reflejo de los sonidos que ellos pronunciaban. Pero aquello importaba menos que el hecho de adjudicarles una identidad concreta. Y, sin embargo, conseguí el efecto exactamente contrario al que buscaba. Batís estalló como una bomba:

50 –¿Ahora quiere hablar el idioma de los carasapo? ¿Es eso? ¡Pues tenga su diccionario! –Y me lanzó bruscamente mi remington, que voló la distancia que nos separaba–. ¿Sabe cuánta munición nos queda? ¿Lo sabe? Ellos están allí fuera, nosotros aquí dentro. ¡Salga y deles el fusil! Me gustará ver cómo lo hace. ¡Sí, me gustará ver cómo parlamenta con los carasapo!

### Pistas de lectura

1- ¿Qué quiere explicar el narrador a Caffó?

2- ¿Qué piensa usted de sus argumentos?

3- ¿Cómo reacciona Caffó?

4- ¿Qué descubre el narrador?

3- ¿Aneris?

4- “La expresión de Batís reafirmaba su convicción de que me había vuelto loco”: comente esta frase.

<sup>257</sup> une partition

<sup>258</sup> une brosse

## 15- SOS

*El narrador está paseándose a orillas del mar.*

Cantaba un himno de estudiantes. Y a mitad de la tercera estrofa vi el humo, en el horizonte. Una línea fina y negra que, por efecto del viento, se torcía antes de poder ganar altura. ¡Un barco! Debían de haberse desviado de su ruta por algún motivo, y ahora navegaban muy cerca de la isla. ¡Oh sí, un barco! A trancas y barrancas<sup>259</sup> logré llegar hasta el faro:

–¡Batís! ¡Un barco! –Y casi sin detenerme–: ¡Ayúdeme a encender el faro!

Caffó cortaba leña. Se detuvo para mirar el horizonte, indiferente:

–No le verán –dictaminó–. Demasiado lejos.

–¡Ayúdeme a emitir el SOS!

10 Subí la escalera interior. Él me siguió lentamente. Demasiado lejos, repetía, demasiado lejos, no le verán. Tenía razón. Los focos del faro eran como señales luminosas de un insecto que pretende comunicarse con la luna. Pero mi deseo era tan intenso que sufrí alucinaciones ópticas y, durante unos minutos de agonía, me pareció que la nave viraba en nuestra dirección, que aquella partícula metálica se hacía más y más tangible.

15 Naturalmente, me equivocaba<sup>260</sup>. El casco del barco se hundió en el horizonte. Durante un rato aún fue visible el humo de la chimenea, cada vez más delgado.

Después, ni siquiera el humo. Hasta el último instante emití frenéticamente en morse. SOS, Save Our Souls. SOS, Salvad Nuestras Almas. Nunca las oraciones<sup>261</sup> y las peticiones de auxilio se han unificado tanto como en esa ocasión, en el faro. Y nunca ha existido una prueba tan favorable al ateísmo. No vendrían. Dentro de aquel barco había seres humanos, una verdadera multitud. Les esperaban familias, amigos, amantes, destinos que en esos momentos, justamente en esos momentos, les parecerían remotos. Pero ¿qué podían saber ellos de la lejanía? ¿De mí, del faro? ¿De Batís Caffó o de Aneris<sup>262</sup>? El mundo que me retenía, para ellos, no era más que un perfil lejano, una mancha insignificante y yerma.

–No le ven –dijo Batís sin ninguna emoción en la voz, ni buena ni mala. Simplemente, miraba en dirección al barco con una actitud neutra, con el hacha de cortar leña aún entre las manos, parpadeando como una lechuza. No fui justo con él. Pero era la única persona cercana y tenía que cobrarme la desesperanza.

30 –¡Mírese! ¡No ha movido ni un músculo! ¿Qué clase de individuo es usted, Caffó? No me ayuda con los citauca, no me ayuda con los hombres. Por activa o por pasiva sabotea cualquier iniciativa sensata o cualquier posibilidad de rescate<sup>263</sup>. ¡Si los náufragos tuvieran sindicatos usted sería el esquírol<sup>264</sup> perfecto!

### Pistas de lectura

- 1- ¿Qué ocurre?
- 2- Muestre como esta escena es reveladora de la personalidad propia de cada personaje.

<sup>259</sup> tant bien que mal

<sup>260</sup> je me trompais

<sup>261</sup> prières

<sup>262</sup> nombre que le ha dado el narrador a la bestezuela que se ha convertido en su “amante”.

<sup>263</sup> sauvetage

<sup>264</sup> le « jaune », le vendu

## 16- Bolas de nieve

*Criaturas se han acercado al faro de día, con intenciones pacíficas y juguetonas. El narrador ha adoptado a una que ha apodado “triángulo”, por su apariencia.*

Renuncié a compartir las guardias nocturnas con Batís. No era necesario. Pero sabía que no era un tiempo regalado: más allá de poner de manifiesto una tregua<sup>265</sup>, la presencia de los niños ofrecía a los dos bandos un tiempo de distensión<sup>266</sup>. Se lo dije:

5 –No nos atacarán, Caffó. Los niños son nuestro escudo<sup>267</sup>, aval y garantía. Mientras sigan ahí fuera no nos atacarán. Ni de día ni de noche. Descanse.

Él contaba balas y les sacaba brillo.

–Tendremos que empezar a preocuparnos la mañana que no regresen a la isla. Ese día quizá sí pase algo. Aunque no sé el qué. Abría el pañuelo de seda<sup>268</sup>, contaba las balas y otra vez rehacía el nudo. Me trataba como si nunca hubiera entrado en su faro. Una vez que toleré que el triángulo se me acercara, ya no pude sacármelo de encima. Dormía cada noche conmigo, muy al margen de nuestros dramas. Era un manojo de nervios<sup>269</sup>, se movía bajo las mantas como un ratón gigante. Tardaba mucho en calmarse. A última hora me chupaba la oreja y se dormía agarrado a mi cuerpo, en postura fetal y emitiendo por la nariz unos ruiditos de cañería embozada<sup>270</sup>.

15 Una mañana nos encontrábamos en el exterior del faro. Jugaba con el triángulo y Aneris. Nos lanzábamos bolas de nieve y nos reíamos como criaturas. Llegó Caffó. Parecía un cuervo<sup>271</sup> mojado. Su abrigo largo y negro, su barba y sus cabellos, también negros, contrastaban vivamente con la blancura de la nieve. Llevaba el fusil, el arpón, troncos que sostenía con ambas manos. Llevaba un peso que sería difícil de describir. Más por instinto que por maldad, puso fin a nuestros juegos. Con una violencia desahogada<sup>272</sup> amenazó con un palo al triángulo, que huyó menos atemorizado que colérico, y se llevó a Aneris al faro. De algún modo intuía los peligros de aquella actividad, en apariencia inocua<sup>273</sup>. Jugábamos, nada más, pero jugábamos. Y el juego, por inocente que sea, pone al descubierto igualdades y afinidades, porque cuando jugamos con alguien no existen las fronteras, ni las jerarquías, ni las biografías; el juego es un espacio de todos y para todos. Y algo tan simple y amigable, naturalmente, agredía a Batís Caffó. Antes de que se fuera le lancé una bola de nieve, que se le clavó en la nuca:

–Venga, Caffó, un poco de alegría –dije–. A lo mejor hasta<sup>274</sup> saldremos de ésta.

30 Me bastó la mirada que se dedica al militante revisionista. Una segunda bola de nieve habría sido auténticamente peligrosa.

### Pistas de lectura

- 1- Estudie las relaciones entre el narrador y las criaturas.
- 2- ¿Qué piensa él, a propósito de su presencia?
- 3- ¿Cómo se comporta Caffó?
- 4- ¿Qué revela el episodio de la bola de nieve?

<sup>265</sup> trêve

<sup>266</sup> relâchement

<sup>267</sup> bouclier

<sup>268</sup> mouchoir en soie

<sup>269</sup> bouille de nerfs

<sup>270</sup> tuyau bouché

<sup>271</sup> corbeau

<sup>272</sup> excessive

<sup>273</sup> inoffensive

<sup>274</sup> peut-être même que

## 17 - Asesinos

*Los dos hombres están en el faro. Caffó acaba de enterarse de que el narrador ha mantenido a escondidas relaciones con Aneris.*

Realmente, ¿le importaba que fuésemos amantes? Es dudoso. En aquella acusación encontraba una válvula<sup>275</sup> para dirigirme todo su odio<sup>276</sup>. No, yo no era el responsable de un adulterio. Era alguien mucho más execrable. Era la voz que fracturaba un universo simplista, libre de matices<sup>277</sup>. Un mundo que debía su supervivencia a la capacidad para mantener el absoluto del blanco y del negro. Aquella culata que me golpeaba como una porra<sup>278</sup> no era odio, era miedo. Miedo a que los carasapo se pareciesen a nosotros, miedo a que pidiesen cosas mínimamente aceptables. Miedo a que escucharlos nos obligase a bajar los cañones. Aquel fusil que apenas podía eludir, aquel fusil que quería partirme el cráneo, romperme las costillas, hablaba con más elocuencia que todas las oratorias<sup>279</sup>. Me decía que Batís, Batís Caffó, había ido tan lejos en el intento de alejarse de los carasapo que había acabado convirtiéndose en el peor carasapo imaginable: un monstruo con quien resultaba imposible sostener ningún diálogo.

En algún momento había cometido un error fatal; no debí haber forzado tanto sus límites. Y ahora estaba dispuesto a matarme. Aún no sé cómo pude huir trampa abajo<sup>280</sup>. Medio corriendo y medio rodando<sup>281</sup>, fui a parar a la planta baja. Pero Batís me persiguió, gruñendo como un gorila. Movía los brazos a una velocidad increíble. Caían sobre mí como martillazos. Afortunadamente llevaba ropa muy gruesa, que amortiguaba un poco los golpes. Vio que no me hacía suficiente daño y me cogió por el pecho con las dos manos y me estampó<sup>282</sup> contra la pared. Con una voz que salía de las cavernas de su biografía, vomitaba:

—¡Usted no es italiano, no es italiano, con usted no me he equivocado nunca, mi problema es que con usted nunca me he equivocado, y le he dejado hacer! ¡Traidor, traidor, traidor!

En sus manos parecía un muñeco<sup>283</sup>. Hacía que mi cuerpo golpease una y otra vez contra la pared. Tarde o temprano me rompería el cráneo o la columna vertebral. Su brutalidad me convirtió en una rata. Lo único que podía hacer era arrancarle los ojos. Pero cuando notó mis dedos en la cara me lanzó al suelo y empezó a pisotearme con sus patas de elefante. Hizo que me sintiera como un escarabajo<sup>284</sup>. Reculé arrastrándome, y al girarme vi que Batís sostenía un hacha en las manos.

—¡Batís, no lo haga! ¡Usted no es un asesino!

No me escuchaba. Yo me hallaba a las puertas de la muerte y la cabeza no me respondía. Sólo se me presentaban, absurdamente, las imágenes de un sueño antiguo y banal. Pero cuando Batís ya estaba levantando el hacha, sufrió un fenómeno extraño. Una debilidad interior, y a la vez un destello<sup>285</sup> de lucidez, que iluminaba su expresión igual que

<sup>275</sup> soupape, défouloir

<sup>276</sup> haine

<sup>277</sup> nuance

<sup>278</sup> matraque

<sup>279</sup> discours oratoire

<sup>280</sup> en descendant par la trappe

<sup>281</sup> en roulant

<sup>282</sup> colla

<sup>283</sup> pantin

<sup>284</sup> scarabée

<sup>285</sup> éclat

35 un meteorito atravesando la atmósfera. Aún con el arma alzada, me miró con la felicidad desgraciada<sup>286</sup> de aquel científico que un día abrió los ojos al sol hasta que la exposición le quemó<sup>287</sup> las retinas, sólo para saber cuánto tiempo podía la vista humana resistir la luz.

—El amor, el amor... —dijo.

40 Bajó el hacha con una dulzura triste. Escuchaba violines. Era un hombre que cierra silenciosamente la puerta tras la cual duermen sus hijos.

—El amor, el amor... —repetió, suavemente, con algo en la expresión del rostro que recordaba a una sonrisa.

45 Y de repente volvía a ser el Batís más salvaje. Pero yo ya no existía para él. Me dio la espalda y abrió la puerta. ¿Qué hacía? ¡Dios mío, abría la puerta! Tirado y apaleado<sup>288</sup>, apenas podía dar crédito a lo que estaba pasando.

Inmediatamente, un citauca pretendió entrar en el faro y recibió el hachazo<sup>289</sup> que me estaba destinado. Caffó cogió un tronco con la otra mano, como una porra, y salió.

—¡Batís! —grité, acercándome al umbral—. ¡Regrese al faro!

50 Corrió por el granito en línea recta. Después, un prodigioso salto al vacío, con los brazos abiertos. Por un momento creí que volaba. Los citauca lo atacaron por todos lados. Salían de la oscuridad, gritando con una alegría asesina que nunca habíamos conocido. Un par de ellos le saltaron encima, pero Batís, con una hábil voltereta<sup>290</sup> por el barro<sup>291</sup>, logró evitarlos. Enseguida se convirtió en el centro de un corro. Los citauca querían acercársele, él movía el hacha y el tronco como molinillos. Un citauca se le colgó de la espalda y el griterío aumentó. Batís quiso herirlo, pero en su posición le resultaba muy difícil. En esta maniobra perdió un segundo vital y el círculo se estrechó. Horroso. Con el citauca colgándole de los hombros, ignorando las heridas que éste le causaba, Batís seguía golpeando el vacío, alejando a los demás. No tendrían piedad.

60 Yo estaba perdiendo el tiempo. Subí las escaleras con una mano en la barandilla y la otra en el hígado<sup>292</sup>, que me dolía terriblemente a causa de los golpes. Tenía uno de los dos fusiles cerca. Salí al balcón con el arma en las manos. Ya no estaban. Ni los citauca ni Caffó. Silencio. Sólo el viento helado de la isla.

—¡Batís! —grité de nuevo, esta vez al vacío—. ¡Batís! ¡Batís!

No estaba y no regresaría.

<sup>286</sup> malheureuse

<sup>287</sup> brûla

<sup>288</sup> roué de coups

<sup>289</sup> coup de hache

<sup>290</sup> roulade

<sup>291</sup> terre

<sup>292</sup> foie

## 18 - Pensamientos

Tras la muerte de Caffó, el narrador ha quedado varios días encerrado en el faro padeciendo una especie de "parálisis mental". Por fin, ha decidido salir. Varios "citauca" están esperando muy cerca y lo miran.

¿Qué estarían pensando? La curiosidad les enriquecía la mirada. En ellos se percibía algo de aquel interés tan incisivo de sus niños. Tenían los cuerpos alerta pero relajados. Unos me miraban a los ojos, otros las manos. Podía interpretar de mil maneras cada uno de sus parpadeos<sup>293</sup>, y pensé que la curiosidad mutua podía ser un gran antídoto contra la violencia.

5 Pero aquel faro era el reino del miedo. Pensemos en un insecto con aguijón<sup>294</sup> que se nos mete en la oreja. Así me conquistó la duda, por sorpresa y con dolor. Comencé a hacerme preguntas y las preguntas se hicieron más fuertes que mis interlocutores: ¿y si luchaban por algo más que por la posesión de un islote oceánico? Después de todo, ¿por qué habrían de querer aquella tierra yerma<sup>295</sup>, su vegetación absurda, sus pedruscos angulosos? Quizá, sólo quizá, lo que deseaban era un bien muy superior: lo mismo que yo deseaba.

10 Me había dado cuenta de que ya no era el centro de las atenciones de los citauca. Giré el cuello. Detrás de mí, en el balcón, aparecía la figura de Aneris. Los citauca la miraban a ella, no a mí. Podía oler la ansiedad de Aneris. Se aferraba a la barandilla con ambas manos, impotente ante lo que estaba sucediendo. Quizá creyese que los vínculos<sup>296</sup> con que me había unido a ella no eran lo bastante sólidos, que la entregaría a los citauca. Se equivocaba, claro. La mera posibilidad de que me exigiesen<sup>297</sup> a Aneris destruía mi voluntad de seguir adelante. Cuanto más me acercaba a ella, más difícil me resultaba seguir avanzando. Mis pies empezaron a volverse lentos antes incluso de que les diese la orden. La nieve dejó de hacer ruido.

20 El sol planeaba sobre nosotros, las nubes lo convertían en un pequeño disco dorado. Estaba muy cerca del bosque, de ellos. Una gruesa raíz<sup>298</sup> emergía y se sumergía como el cuerpo de una gran serpiente. Una de mis botas la pisaba<sup>299</sup>. Más allá, algunos citauca pisaban esa misma raíz. Nunca habíamos estado tan cerca. Pero eso fue todo.

25 Durante un buen rato me quedé allí, plantado. Los citauca esperaban. ¿Qué esperaban? ¿Que les entregara a Aneris? Lo único que podían querer de mí era lo único que no podía darles. Y fuesen cuales fuesen los conflictos entre Aneris y ellos, yo nunca podría resolverlos. Me hubiera gustado decirles que incluso mi vida era negociable. Pero una vida sin Aneris, nunca. Podría vivir sin amor y para siempre, si era necesario, pero no podría vivir sin Aneris. ¿Qué me esperaba una vez la perdiese<sup>300</sup>? Una muerte sin vida, una vida sin muerte. ¿Qué es peor: un verano que hiela o un invierno que quema? Y así hasta el fin de los tiempos.

30 Ella me había hecho ver lo que ocultaban las luces del faro; ella me había hecho ver que el enemigo podía ser cualquier cosa menos una bestia. Que no puede serlo nunca, en ningún lugar, y tal vez allí, en la isla, menos que en ningún otro sitio. Sin ella nunca habría sabido la verdad, y sólo ella podía enseñármela. Pero mientras recorría este camino hacia la verdad, con Aneris, era inevitable que me apasionase por Aneris, que la amara como sólo pueden amar la vida los naufragos: desesperadamente. Por eso era todo tan triste, porque el faro me descubría que saber la verdad no cambia la vida.

<sup>293</sup> clignements d'œil

<sup>294</sup> dard

<sup>295</sup> stérile

<sup>296</sup> liens

<sup>297</sup> qu'ils me réclament

<sup>298</sup> racine

<sup>299</sup> foulait, s'appuyait dessus

<sup>300</sup> une fois que je l'aurai perdue

## 19 – El relevo

El narrador se ha emborrachado, está en su cama. Es el alba, la trampilla acaba de abrirse y un grupo de hombres entra, un capitán de navío, un joven judío y marineros.

–Técnico en señales marítimas Caffó: este hombre viene a sustituir al anterior oficial atmosférico. Pero no sabemos dónde está. Si no nos da una respuesta satisfactoria, tendremos que deducir que usted es el responsable de su desaparición. ¿Entiende de qué se le acusa? ¡Conteste! ¡Conteste, demonios, conteste! La casa del oficial atmosférico es vecina del faro y esto es un islote. ¡A la fuerza tiene que saber usted qué ha sido de él! ¿Cree que estos trayectos son una ganga<sup>301</sup>? Partí de Indochina en dirección a Burdeos, pero la corporación me ha obligado a desviarme mil millas náuticas para recoger a un hombre. Sólo uno. Y ahora resulta que no lo encuentro. Aquí, precisamente aquí, ¡una isla donde cabe menos tierra que en un sello<sup>302</sup> de correos!

10 Me miró con furia, esperando que la energía de sus ojos me intimidara o que el silencio sostenido me obligase a hablar. No consiguió ni una cosa ni otra. Hizo un gesto de rendición con la mano. Buena parte de su autoridad se basaba en la relación que mantenía con el puro<sup>303</sup>. Despidió un humo tan denso que hubiera podido masticarlo. Se dirigió al joven judío:

15 –Los silencios acusan a sus propietarios. Me lo llevaré para que lo cuelguen<sup>304</sup>.

20 –Los silencios también pueden ser una gran defensa –dijo el joven, que hojeaba<sup>305</sup> un libro. –Recuerde, capitán, que recibió el encargo de transportarme porque el barco que tenía que llevarme sufrió los efectos de ese tifón. Nos hemos retrasado<sup>306</sup> meses enteros. ¿Quién sabe cómo encajó<sup>307</sup> la soledad el anterior oficial atmosférico? Y si ha sucedido algún tipo de desgracia, este hombre tiene más aspecto de testigo que de responsable.

25 De repente el capitán dirigió su atención a un marinero asiático que aún removía cajones<sup>308</sup>. Antes de que el marinero se diera cuenta ya había recibido tres puñetazos<sup>309</sup> en la nuca. El capitán le cogió una pitillera de plata<sup>310</sup> robada. La examinó con severidad, sin sacarse el puro de los labios, y acto seguido la hizo desaparecer por las profundidades de su gabán<sup>311</sup>. El chico judío ni se inmutó<sup>312</sup>. Debía de estar acostumbrado a aquellas escenas. Me dijo, muy ceremonioso, acercándome el libro de Frazer:

–¿No ha disfrutado de ninguna otra lectura en todo este tiempo? Ha de saber que la república de las letras ha cambiado de rumbo<sup>313</sup>. Ahora se invocan principios intelectuales más elevados.

30 No. Se equivocaba. Nada había cambiado. No tenía más que mirar a aquellos hombres sucios, que invadían el faro como una horda de clientes de prostíbulo. Unos

<sup>301</sup> une paille, de la rigolade

<sup>302</sup> timbre

<sup>303</sup> cigare

<sup>304</sup> pende

<sup>305</sup> feuilletait

<sup>306</sup> retardé

<sup>307</sup> encaissé, supporté

<sup>308</sup> fouillait dans des caisses

<sup>309</sup> coups de poing

<sup>310</sup> porte-cigarette en argent

<sup>311</sup> caban

<sup>312</sup> réagit

<sup>313</sup> voie, chemin



## 20 – Espejismos

*Una noche ha pasado, los monstruos han atacado la casa. El narrador que se ha quedado en el faro toda la noche ha bajado por la mañana a ver al nuevo oficial atmosférico y negociar municiones. Habla el joven judío.*

–¿Llevarse la munición al faro? Pero ¿de qué está hablando? ¡Es a mí a quien tiene que llevarse al faro!

Su tono había cambiado. Lo examiné por primera vez. Era uno de esos que mueren con la esperanza en los labios.

5 –Usted no puede entenderlo –dije–. Aquí todo es turbio<sup>319</sup>.

–¡Eso ya lo he podido comprobar<sup>320</sup>! ¡Unas profundidades turbias y repletas de tiburones con patas!

–En efecto, no me entiende.

10 Con una mano lo agarré por el cuello y lo arrastré hasta la playa. Yo no era mucho más fuerte que él, pero él vivía en el desconcierto<sup>321</sup> y mis músculos estaban entrenados por la mecánica de la isla. Con las dos manos le volví la cabeza en dirección al mar:

–¡Mire! –bramé–. Esta noche ha tenido que sufrirlos, ¿verdad? Ahora fíjese bien:: todo un océano. ¿Qué ve ahí abajo?

15 Gimoteó<sup>322</sup> algo y cayó sobre la arena como un muñeco. Se puso a llorar. Podía adivinar lo que había visto. Naturalmente que podía. Si fuese uno de esos hombres capaces de ver otra cosa nunca habría llegado a la isla. Un viento gélido barrió la niebla<sup>323</sup>. El sol estaba más bajo de lo que creía. Dejó de llorar:

–Desde que he llegado a esta isla no entiendo nada. Pero el hecho es que no quiero morir aquí. Cerró un puño–. No quiero.

20 –Pues váyase –repliqué–. Ese faro es un espejismo<sup>324</sup>. Allí dentro no encontrará ninguna seguridad. No entre. Váyase, regrese a su casa.

–¿Irme? ¿Cómo quiere que me vaya? –Abrió los brazos–¡Mire a su alrededor! ¿Ve un barco por algún lado? Estamos en el último escalón<sup>325</sup> del planeta.

25 –No crea en el faro –insistí–. Los hombres que llegan aquí han perdido la fe y se aferran<sup>326</sup> a los espejismos. Pero nadie ha abrazado nunca ningún espejismo. –La voz me cambió–: Si tuviera fe caminaría sobre las aguas y regresaría al lugar de donde ha venido.

–Se ríe de mí, ¿verdad? ¿O es que hablo con un demente? –¿Ha pasado una noche aquí y aún me trata de loco? –Los huesos me dolían–. Estoy cansado.

---

<sup>319</sup> trouble  
<sup>320</sup> vérifier  
<sup>321</sup> confusion  
<sup>322</sup> il bredouilla  
<sup>323</sup> écarta le brouillard  
<sup>324</sup> mirage  
<sup>325</sup> niveau  
<sup>326</sup> s'agrippent

35 hombres que, mientras él hablaba de las cimas del intelecto, mancillaban<sup>314</sup> y corrompían todo lo que tocaban. Mirarme a mí, un hombre que no temía<sup>315</sup> que lo colgasen, que temía mucho más vivir junto a aquellos hombres. Un hombre que había preferido el destierro al desorden, y que ya no sería capaz de resistir el viaje inverso. Pobre chico. Desbordaba suficiencia. De haber tenido una balanza, le habría desafiado a que pusiera todos sus libros en un platillo y a Aneris en el otro.

40 Naturalmente, las amenazas del capitán eran fatuas<sup>316</sup>. Yo sólo significaba un estorbo<sup>317</sup> y como tal fui tratado. En un determinado momento se sacó la gorra<sup>318</sup> y empezó a gritar. Fustigaba a sus hombres a golpes de gorra en una mezcla de francés y chino, o lo que fuese, y antes de que me diera cuenta ya se habían marchado. Pude oírlos por las escaleras del faro. Las órdenes, las maldiciones y los insultos se mezclaban alegremente y a partes iguales. Después, nada. Tal como habían venido se habían ido. El mar estaba más agitado que de costumbre; algunas olas golpeaban el faro con un ruido de piedra contra piedra. Otras hacían pensar en el rugido de un león. Mucha gente ha visto un fantasma, pero yo tenía la impresión de ser el primero a quien visitaba un grupo entero.

O tal vez fuese yo, el fantasma.

---

<sup>314</sup> salissaient  
<sup>315</sup> temer : craindre  
<sup>316</sup> pas sérieuses  
<sup>317</sup> une gêne  
<sup>318</sup> casquette

30 Me senté en una piedra. Me miró, alucinado. Yo sólo había actuado como ventrílocuo, mis cadenas<sup>327</sup> me impedían creer en lo que acababa de decir. Para mi asombro, sin embargo, sus ojos se convirtieron en dos puntos abruptamente lúcidos. No parpadeaba. Se puso de pie con una energía salvaje. Se sacó los zapatos. Se arremangó los pantalones con gestos secos. Se deshizo de<sup>328</sup> la americana<sup>329</sup> y de las gafitas.

35 Sí, iba hacia el agua. Sin dudas, sin vacilaciones. Veía la espalda de aquel chico tierno y decidido, y una inspiración se adueñó de mí. Se detuvo en la frontera imprecisa entre el mar y la tierra. Una ola más larga que las demás le lamió<sup>330</sup> los pies; yo mismo sentí un estremecimiento<sup>331</sup> de frío, que algún hilo invisible me transmitió. Dudé. ¿Y si se iba? El fusil se me caía de las manos. No me lo podía creer. Realmente caminaba sobre las aguas. Daba un paso, y otro, y el mar le sostenía los pies como un puente líquido. Se iba, abolía el faro, los vicios que fundamentaban nuestra guerra. Había entendido que con los espejismos no se discute, se les evita. Destruía todas las pasiones, todas las perversiones, porque renunciaba a ellas desde sus inicios. Aquel chico era los párpados<sup>332</sup> del mundo: unos pasos más y despertaríamos todos de la pesadilla.

45 Se volvió hacia mí, indignado: –¿Qué diablos estoy haciendo? –gritó con los brazos muy abiertos–. ¿Cree que soy el buen Jesús?

Y rehizo el camino. Una vez en tierra firme su espíritu era ya el de un combatiente. Quería luchar hasta el momento final. Hablaba de los «tiburombres», de envenenar las aguas con arsénico, de llenar el litoral con redes<sup>333</sup> cuajadas<sup>334</sup> de conchas de mejillón<sup>335</sup> rotas, que servirían como cuchillos, de mil estrategias mortíferas. Me acerqué al agua. Dos dedos por debajo de la superficie se podían ver unos arrecifes<sup>336</sup> planos, sobre los cuales había dado aquellos pasos.

Me senté en la playa, abrazando el fusil como si fuera un recién nacido. Me dejé caer hacia atrás. Mi espalda encontró un colchón de arena. Definitivamente el mundo era un lugar previsible y sin novedades. Me hice una de esas preguntas que contestamos antes de enunciarlas: ¿dónde estaría mi triángulo, dónde?

El sol declinaba.

(fin)

**Fragmentos de La piel fría, Albert Sánchez Piñol, 2003, Edhasa.**

**Traducción del catalán: Claudia Ortego Sanmartín.**

---

<sup>327</sup> chaines

<sup>328</sup> il òta

<sup>329</sup> veste

<sup>330</sup> lécha, fròla

<sup>331</sup> frisson

<sup>332</sup> paupières

<sup>333</sup> filets

<sup>334</sup> garnis

<sup>335</sup> moule

<sup>336</sup> récifs